

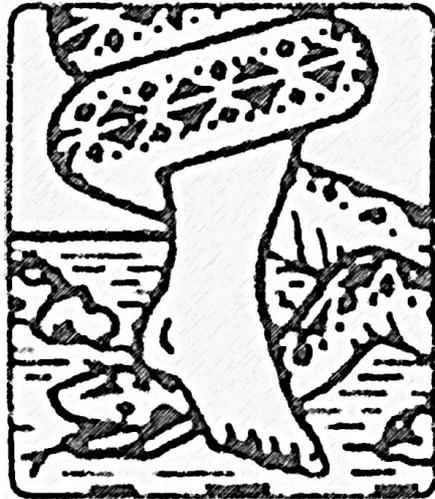
LA IDENTIDAD FUSIÓN DEL HOMBRE Y LA ENERGÍA UNIVERSAL



BERNARD DE MONTRÉAL
DIFFUSION BDM INTL

LA IDENTIDAD

FUSIÓN DEL HOMBRE Y LA ENERGÍA UNIVERSAL



BERNARD DE MONTRÉAL

DIFFUSION BDM INTL 2023

Prólogo del editor



Bernard de Montréal

Bernard de Montréal nació en Quebec el 26 de julio de 1939 y murió el 15 de octubre de 2003 a los 64 años. Tuvo una vida fuera de lo común. En 1969 tuvo una experiencia extraordinaria que calificó de "fusión" con una inteligencia sistémica, una conexión mental telepática con un ser de luz situado lejos en la galaxia. El tipo de revelación que podría dejar escépticos a muchos, pero la ilustración de su gran inteligencia para explicar la condición psicológica presente y futura del Hombre, ha atraído a miles de personas a lo largo de los 26 años que duró su carrera pública. Los temas de sus conferencias han sido variados, pero también parecen haber sido hitos. Habiendo comenzado esencialmente en torno al fenómeno extraterrestre, pasó luego al esoterismo y al desciframiento de las profecías, advirtiendo al mismo tiempo sobre la fabulación y la curiosidad asociadas a estos temas. Al mismo tiempo, impartía seminarios a grupos reducidos, no por un enfoque elitista, sino más bien para filtrar a los individuos que pudieran ser psicológicamente inestables y dañar así su reputación. Tras cambiar de entrevistadores cuando era necesario, las conferencias se orientaban hacia temas muy prácticos como la psicología de la pareja, la organización de la vida material, pero sin dejar de lado los temas ocultos relacionados con el desarrollo interno del Hombre en relación con los mundos invisibles. La culminación de estos estudios desembocó en la "psicología evolutiva", que creemos es la coronación de su lectura con su inteligencia sistémica telepática. Diffusion BdM International se dedica a dar a conocer la obra de este hombre excepcional, para que ellos también descubran, a un nivel u otro, una conciencia psíquica que conduce a más paz, libertad, amor y plenitud.

Gracias a todos los benévolos que han contribuido a este logro.

Página principal de nuestro portal Web: <http://diffusion-bdm-intl.com/>

Nuestro correo electrónico: contact@diffusion-bdm-intl.com

Pierre Riopel y todo el equipo de DIFFUSION BDM INTL.

Ibague, Colombia 1 de enero de 2023

ÍNDICE

<i>Prefacio del editor.....</i>	<i>iii</i>
<i>CAPÍTULO 1 LA IDENTIDAD</i>	<i>6</i>
<i>CAPÍTULO 2 LA CRISIS DE IDENTIDAD</i>	<i>19</i>
<i>CAPÍTULO 3 EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD</i>	<i>32</i>
<i>CAPÍTULO 4 EL PLANO ASTRAL</i>	<i>45</i>
<i>CAPÍTULO 5 EL ESPÍRITU</i>	<i>55</i>
<i>CAPÍTULO 6 LA SOLEDAD DE LA INICIACIÓN PLANETARIA.....</i>	<i>64</i>
<i>CAPÍTULO 7 INVOLUCIÓN vs. EVOLUCIÓN.....</i>	<i>77</i>



CAPÍTULO 1

LA IDENTIDAD CP-036

El Hombre (el Ser) que descubre, a lo largo de su vida, que la inteligencia real está por encima del intelecto ya empieza a sufrir menos del problema de identidad, aunque puede seguir sufriendo una falta de creatividad real, igual a lo que siente que puede manifestar. Sólo a medida que su identidad se ajusta a la forma de vida que le conviene, se dará cuenta de que la creatividad puede adoptar un sin fin de formas, y que cada Hombre tiene una forma de creatividad que le conviene mentalmente. Y de esta forma puede vivir en perfecta armonía a nivel de su cuerpo de deseos y de su inteligencia creativa.

Ser creativo no significa cambiar el mundo, sino hacer las cosas de forma perfecta para uno mismo, de modo que el mundo interior se exteriorice. Así es como cambia el mundo: siempre de dentro hacia fuera, nunca al revés. El ser sobremental comienza a darse cuenta del problema de la identidad. Ve que lo que es sigue siendo un poco lo que era. Pero también ve que a medida que sus cuerpos cambian, que su conciencia crece y el problema de identidad desaparece lentamente, a la superficie de lo que antes era el ego inconsciente.

La eliminación gradual del problema de identidad en el ser sobrenatural le permite vivir su vida como realmente la ve, y de estar cada vez mejor con sí mismo. No hay nada en el Hombre tan difícil como sufrir de identidad.

Porque, de hecho, sufre de formas ilusorias, es decir, por razones que él mismo se crea, precisamente porque no es inteligente, es decir, no es consciente de la inteligencia creativa que hay en él.

Una de las caras de la identidad es la vergüenza en algunos casos, el malestar en otros, la inseguridad en la mayoría. ¿Por qué debería un Hombre de buenas costumbres experimentar la vergüenza cuando esta es sólo el reflejo social en su mente atrapada en las redes del pensamiento social?

Lo mismo ocurre con el malestar que se deriva de la incapacidad del ego para deshacerse de inmediato de lo que los demás puedan pensar. Si el ego molesto se deshiciera de lo que puedan pensar los demás, su malestar desaparecería y podría acceder más rápidamente a su real identidad, es decir, a ese estado mental que hace que el Hombre se ve siempre a la luz de su propio día.

El problema de identidad proviene de la ausencia de centricidad en el Hombre. Y esta ausencia disminuye el poder de penetración de la inteligencia, lo que hace al Hombre esclavo de su intelecto, de esa parte de sí mismo que no conoce las leyes del espíritu, ni los mecanismos del espíritu. De modo que el Hombre, abandonado a su propia experiencia, carece de luz en su inteligencia y se ve obligado a aceptar la opinión de los demás en cuanto a la naturaleza del Hombre.

¿Si el Hombre se cuestiona sobre sí mismo, cómo es posible que otro Hombre le esclarezca, si el otro Hombre está en la misma situación que él? Pero el Hombre no se da cuenta de esto, y su problema de identidad se empeora según la presión ejercida sobre el ego por los acontecimientos.

El ego en la mente es incuestionable, está atrapado por su forma de pensar que no se ajusta a su inteligencia real. Y esta forma de pensar contradice lo real de su inteligencia, pues si percibiera lo real de su inteligencia a través de su intuición, por ejemplo, sería el primero en rechazar la realidad, porque el intelecto no tiene fe en la intuición, la considera una parte irracional de sí mismo.

Y como el intelecto es racional o supuestamente racional, todo lo que se le opone no merece ser reconocido como inteligencia. Y, sin embargo, la intuición es, en efecto, una manifestación de la inteligencia real, pero esta manifestación es todavía muy débil para que el ego pueda captar su importancia e inteligencia.

Entonces se repliega en su racionalidad y pierde la oportunidad de descubrir los mecanismos sutiles del espíritu que pueden arrojar luz sobre su problema de identidad.

Pero el problema de identidad debe permanecer con el Hombre hasta que el intelecto no ha soltado y que el ego no se ponga a la escucha de sí mismo, interiormente. Si el ego se hace consciente de la naturaleza y de la forma de la inteligencia real que hay en él, se ajusta poco a poco y se hace cada vez más una morada en esa inteligencia. Con el tiempo, va allí cada vez con más regularidad, y su problema de identidad desaparece, pues se da cuenta de que todo lo que pensaba de él mismo no era más que una distorsión psicológica y mental de su inteligencia real, incapaz de ir más allá de los altos muros de su razonamiento.

En una sociedad compleja, tal y como la conocemos, sólo la fuerza interior del ego, su inteligencia real, puede elevarlo por encima de los ladridos de las opiniones y asentarlo sobre la roca de su verdadera identidad. Y cuanto más se desintegra la sociedad, más se derrumban sus valores tradicionales, más se hunde el ego, pues ya no tiene el andamiaje social formal en el que sostenerse, ante el fenómeno cada vez más desconcertante de la vida moderna.

Pero el ego no siempre está dispuesto a escuchar a quienes pueden darle las claves esenciales para comprender su propio misterio. Porque ya su deformación psicológica le lleva a cuestionar todo lo que no se ajusta a su forma subjetiva de pensar. Por eso no se puede culpar demasiado al ego por no querer ver más allá, pero se puede hacer que se dé cuenta que aunque hoy no pueda ver más allá, mañana su visión se ampliará según el grado de penetración de la energía en él.

En efecto, no es el ego el que por sus propios esfuerzos supera el muro de su identidad, sino el alma la que lo lleva a través del sufrimiento, es decir, a través de la penetración de su luz, a registrar, más allá del intelecto, la vibración de la inteligencia. Y este choque vibratorio se convierte en el principio del fin.

Hay egos menos orgullosos que se abren a lo real, porque una especie de humildad ya los predispone a su propia luz. Por otro lado, hay egos que son demasiado orgullosos para que pase esta luz, este fino hilo.

Y son estos egos los más sometidos a grandes tormentos, a grandes reveses que los aturden y los hacen más realistas. La crisis de identidad se identifica con la inmadurez del Hombre. La identidad verdadera demuestra el desarrollo de la madurez real.

El alma es independiente del ego en sus actuaciones, y le es fácil, siempre que ella no se haga sentir con fuerza en él. Es este momento que el ego no conoce y cuando se presenta, se da cuenta de que su vanidad, su orgullo, la infatuación que tiene consigo mismo, con sus ideas, estalla como un huevo bajo presión.

El sufrimiento del alma tiene sus razones que el ego no puede comprender al principio, pero que tampoco puede evitar vivir. Es el alma la que trabaja. Es hora de que pase a otra etapa. El problema de identidad, que experimentó al principio, se reorienta, y su orgullo se derrumba como un juego de niños. Que el ego sea más o menos orgulloso, todo se reduce a la inseguridad. A menudo uno se encuentra con egos llamados "sólidos", "fuertes", para los que lo real es pura fantasía, son estos egos los que más sufren el efecto sobre su identidad, al hace vibrar el alma lo mental y lo emocional, bajo la presión de los acontecimientos de la vida que el ego ya no puede controlar.

Es aquí, durante estas experiencias difíciles, que el ego comienza a verse bajo la luz de su debilidad. Es aquí donde ve que la seguridad de su falsa identidad, en la que primaba el orgullo de su intelecto, estalla bajo la presión vibratoria de la luz. Se dice entonces que cambia, que ya no es el mismo o que sufre. Y esto es sólo el comienzo, pues cuando el alma empieza a traspasar los muros de la falsa identidad, no detiene su trabajo. Porque ha llegado el tiempo del descenso de la consciencia en el Hombre, de la inteligencia, la voluntad y el amor verdaderos.

El ego, que se siente fuerte en su falsa identidad, se siente débil como una caña cuando surge el choque vibratorio. Y sólo más tarde recupera sus fuerzas, las fuerzas del alma y no el falso poder de su cuerpo de deseos, sobre la forma que alimenta la emoción y la mente inferior.

La crisis de identidad en el Hombre corresponde a la resistencia del ego a la luz del alma. Esta correspondencia causa sufrimiento en la vida del ego en proporción a esa resistencia. Y toda resistencia se registra, aunque sea percibida psicológica o simbólicamente o filosóficamente por el ego. Porque para el alma, todo es energía en el Hombre, pero para el Hombre, todo es símbolo.

Por eso el Hombre tiene tanta dificultad para ver, porque lo que verá, una vez que se libere de estas formas, será mediante la vibración, y no a través del símbolo de la forma. Por eso se dice que lo real no se entiende a través de la forma, sino que se sabe mediante la vibración, que genera y crea la forma para expresarse.

El problema de identidad invoca siempre un exceso de simbología, es decir, de formas-pensamientos subjetivas en el Hombre. Este excedente, en un momento dado, coincide con el esfuerzo del alma por entrar en contacto con el ego a través del símbolo de la forma-pensamiento, porque es la única manera de que evolucione dentro de la mente.

El ego se da cuenta, sin comprender las razones profundas, de que intenta situarse en relación con él mismo. Pero como sigue siendo prisionero de sus pensamientos-formas, de sus emociones, piensa que está en su movimiento. ¡En su movimiento; Es decir, cree que este proceso de investigación emana sólo de él. Y éste es su talón de Aquiles, pues el ego está en la ilusión de la verdad y de la falsedad, en la ilusión del libre albedrío.

Cuando la energía del alma penetra y rompe la barrera de la falsa identidad, el ego se da cuenta entonces de que ya no se trata de tener razón, sino de acceder a su inteligencia real. Entonces empieza a entender. Y lo que él entiende no lo entienden aquellos que no están en la misma inteligencia, sin importar su buena voluntad. Porque todo está fuera del símbolo, todo es vibratorio.

El problema de identidad es inconcebible cuando el ego y el alma se ajustan el uno al otro, porque el ego ya no tira de la manta de la realidad desde su lado, mientras que el alma trabaja desde el otro. Hay una correspondencia entre ambos, y la personalidad es la beneficiaria. Porque la personalidad es siempre una víctima de la brecha entre el alma y el ego.

Mientras exista el problema de identidad en el Hombre, éste no podrá ser feliz. Porque hay división en su vida, aunque su vida material en la superficie parezca ir bien. Sólo puede ir realmente bien en proporción a la unidad de sí mismo.

La crisis de identidad del Hombre moderno sólo alcanza beneficiar a aquellos que ya han sufrido suficientes disgustos como para que surja en ellos un gran deseo de equilibrio. Pero este deseo de equilibrio sólo puede realizarse perfectamente cuando el ego ha dejado de lado sus instrumentos de tortura para manipular la fina energía del alma. En el ámbito de la vida humana, donde hay una gran espiritualidad, la crisis de identidad puede ser tan aguda, si no más, que allí donde no se encuentra esta gran sensibilidad del ego a ese algo interior, que lo impulsa inexorablemente a una espiritualidad cada vez más grande, cada vez más buscada y en definitiva cada vez más imperfecta.

Aquellos que son de esta categoría de la humanidad tienen que ver que todas las formas, incluso las más elevadas, las más bellas, encubren el verdadero rostro del alma, porque el alma no es del plano del ego, ella ve infinitamente, y cuando el ego se apega demasiado a la forma, incluso a la forma espiritual, interfiere con la energía cósmica que debe pasar a través del alma y elevar el nivel vibratorio de todos los principios inferiores del Hombre, para que pueda convertirse en dueño de la vida.

Cuando el Hombre supramental es dueño de la vida, ya no necesita ser atraído espiritualmente al plano del alma, porque es el alma, su energía, que desciende hasta él y le transmite su poder de luz.

La identidad espiritual del Hombre es una presencia en su interior, a través de la forma de la energía del alma. Pero esta energía no tiene poder de transmutación, aunque tiene el poder de transformación sobre la personalidad.

Pero la transformación de la personalidad por sí sola no es suficiente, porque es el último aspecto del Hombre. Y mientras el ego no esté el también unido al alma, la personalidad espiritual puede llevar fácilmente al Hombre a una rápida conversión de su moral, hasta tal punto que cualquier falta de equilibrio en lo mental y lo emocional, puede llevarle a la crisis aguda de la espiritualidad, el fanatismo religioso.

Así, incluso el Hombre ferozmente espiritual puede perjudicarse a sí mismo y a la sociedad. Porque el fanatismo es una enfermedad espiritual, y los que son sus víctimas pueden fácilmente, por su peculiar explotación de la forma espiritual, crear en otros una atracción lo suficientemente poderosa como para convertirlos en grandes creyentes, es decir, en nuevos esclavos de la forma, elevados por el fanatismo sobre el pedestal que solo el enfermo espiritual puede sostener, si es ayudado por la creencia sumisa de los que son tan ignorantes como él, pero más insensibles a esta forma de enfermedad.

Cada vez más Hombres, sin llegar a ser fanáticamente espirituales, se impresionan demasiado con su espiritualidad y no conocen sus límites, es decir, las ilusiones de la forma. Tarde o temprano miran hacia atrás y ven que han sido víctimas de la ilusión de su espiritualidad. Entonces se arrojan en otra forma espiritual, y este circo puede continuar durante muchos años, hasta que un día, hasta las narices de la ilusión, salen de ella para siempre, y se dan cuenta de que la conciencia está más allá de la forma. Estos tienen la oportunidad de ir más allá de los límites de la forma y finalmente descubrir las grandes leyes de la mente superior.

La crisis de identidad espiritual ya no es posible para ellos en este momento. Porque saben por experiencia propia que todo sirve a la experiencia del alma contra el ego, hasta el día en que el ego sale de la necesidad de la experiencia para conocer sólo la conciencia supramental en él.

La crisis de identidad espiritual se convierte cada vez más en la crisis de los tiempos modernos. Porque el Hombre ya no puede vivir sólo de la tecnología y de la ciencia. Necesita otra cosa más cerca de él, y la ciencia no puede dárselo. Aunque tampoco lo puede la antigua forma ortodoxa de religión. Así que se lanza a un sinfín de aventuras espirituales, o esotéricas-espirituales, con la firme intención de encontrar lo que busca, o de buscar lo que quiere encontrar, y que no conoce precisamente. Entonces su experiencia le lleva a los confines de todas las sectas, de todas las escuelas filosóficas o esotéricas, y así es que descubre, si es más inteligente que la media, que hay límites donde él creía encontrar respuestas.

Se encuentra por fin solo, y su crisis de identidad espiritual se hace cada vez más insoportable. Hasta el día en que descubre que todo en él es inteligencia, voluntad y amor, pero que aún no conoce lo suficiente las leyes como para descubrir el mecanismo oculto y velado a los ojos del Hombre en busca. ¡Qué sorpresa se lleva! Cuando se da cuenta de que lo que buscaba durante su crisis no era más que un mecanismo del alma en su interior que sirvió para hacerle avanzar, para que despierte a sí mismo, es decir a ella.

Y cuando por fin se inicia esta etapa, el Hombre, el ego del Hombre, se desespiritualiza y empieza a comprender la naturaleza de la inteligencia supramental que despierta en él, y le hace reconocer la ilusión de todos los Hombres que buscan fuera de sí mismos, con las mejores intenciones del mundo, y que aún no se han dado cuenta de que todo este proceso forma parte de la experiencia del alma que utiliza el ego para prepararlo a entrar en contacto vibratorio con ella.

El Hombre ya no está en contacto con la realidad de su ser. Y esta pérdida de contacto está tan extendida en el globo que esta Tierra representa una nave llena de locos que no saben hacia dónde va la embarcación. Están dirigidos por fuerzas invisibles, y nadie tiene idea del origen de estas fuerzas, ni de sus intenciones. El Hombre fue separado de lo invisible durante tantos siglos que ha perdido totalmente la noción de lo real. Y esta pérdida de conciencia es la razón detrás de la cual se levanta el muro de su problema existencial: la identidad. Y, sin embargo, la solución está tan cerca de él y, al mismo tiempo, tan lejos. Si sólo supiera escuchar lo que no quiere oír.

La guerra de las palabras y la batalla de las ideas es lo único que le queda. ¿Qué Hombre puede bastarse a sí mismo, si no se da cuenta de que una parte de él es grande, mientras que otra está limitada por sus sentidos, y que las dos pueden unirse?

Si el Hombre pudiera darse cuenta de que nadie fuera de él puede por él, y que sólo él puede por sí mismo... Pero tiene miedo de vivir para sí mismo, porque teme lo que los demás dirán de él... ¡Pobre que es él!

Los Hombres son seres que pierden constantemente la lucha contra la ilusión, porque ellos mismos la mantienen viva y poderosa. Cada uno teme destruir lo que le daña. ¡Una verdadera pesadilla! ¡Y lo peor está por venir! Porque el Hombre del siglo XX verá descender hacia él seres que se mueven entre las estrellas y que antes eran dioses para él.

El problema de identidad personal continúa a escala planetaria. Como este problema surge de la falta de conexión entre la mente inferior y la mente superior, su efecto se siente tanto en el plano mundial como en el plano personal, pues sólo la mente superior puede explicar al Hombre los grandes misterios de su planeta y de sus antiguos dioses. Mientras estos dioses formen parte de la historia antigua, el Hombre no tiene problemas. Pero cuando estos mismos seres regresan y se dan a conocer bajo una luz moderna, el choque a escala mundial repercute, y el Hombre, que no ha descubierto su identidad real, se encuentra atrapado entre su falsa identidad - y lo que piensa y cree - y el fenómeno cíclico.

Si su mente está abierta a la experiencia y recibe, de la inteligencia real en él, la información necesaria sobre uno de los fenómenos más perturbadores para un planeta que él no sabe y que no conoce, el Hombre no experimenta una crisis de identidad planetaria, porque ya ha resuelto la crisis de identidad personal en él mismo.

Puesto que la humanidad se aproxima rápidamente a un punto de inflexión en la historia y en la vida, la individualidad, es decir, la relación cada vez más perfeccionada entre el Hombre y el cosmos, debe establecerse, ya que es a partir de la individualidad real que se manifiesta la vibración que se encuentra en el Hombre que ha descubierto su verdadera identidad. Y mientras esta identidad real no se estabilice, la individualidad no se alcanza plenamente, y no se puede decir que el Hombre esté "maduro", es decir, que sea capaz de enfrentarse a cualquier acontecimiento personal o mundial sin perturbarse, porque ya algo sabe y él sabe por qué.

Cuando hablamos de crisis de identidad en general, lo hacemos de forma psicológica, en el sentido de que intentamos definir la relación entre el Hombre y la sociedad. Pero la crisis de identidad va mucho más allá. Ya no es el Hombre social el que se convierte en la vara de medir la normalidad que tenemos que alcanzar. Al contrario, hay que transponer la normalidad, es decir, resituarla en relación con uno mismo.

Cuando el Hombre comienza a darse cuenta de que su verdadera identidad está por encima de la identidad del Hombre normal entre paréntesis, se da cuenta de dos cosas. Primero, que lo que preocupa al Hombre normal, ya no le preocupa, y que lo que molesta a un planeta subnormal, entre paréntesis, es normal.

Entonces, el fenómeno de identidad real, visto desde esta perspectiva, adquiere una importancia creciente, ya que determina qué Hombre puede superar las debilidades normales del Hombre normal o inconsciente y, además, determina que el Hombre que ya no es normal - es decir, en la medida del Hombre inconsciente y relativamente equilibrado - puede resistir las presiones de carácter planetario que amenazan con trastornar a un ser normal y derrumbar una cultura que da origen a dicho Hombre.

Un Hombre que ha descubierto su identidad real está indiscutiblemente por encima de todas las formas de experiencias psicológicas que corren el riesgo de perturbar a un Hombre que no es más que el producto de su cultura, y que sólo vive según los valores de su cultura. En efecto, una cultura es un tejido muy fino y frágil cuando los acontecimientos exteriores vienen a perturbarla, es decir, a redefinirla en relación con una realidad que desconoce o que ignora por completo. Este es el peligro para el Hombre del fenómeno de la identidad no resuelta.

Porque si no descubre su identidad real, quedará esclavizado emocionalmente y mentalmente a la psicología social y a sus reacciones naturales cuando los acontecimientos de fin de ciclo trastornen el curso normal de su evolución. Es aquí donde el Hombre debe liberarse de las reacciones socio-individuales, para poder vivir la experiencia según un modo de comprensión universal. Sólo la identidad real se corresponde con el Hombre real y la inteligencia real. Sólo la identidad real puede interpretar los acontecimientos cósmicos sin dificultad, según una inteligencia que se desprende de las emociones limitativas del Hombre.

El problema de la crisis de identidad en el Hombre es mucho más un problema de vida que un simple problema psicológico. Las categorías psicológicas que busca el Hombre en busca de sí mismo ya no son adecuadas para quien descubre su verdadera identidad, porque ya no tiene el mismo interés por la vida que poseía mientras luchaba con él mismo. Habiendo llenado, su identidad, real todos los rincones de su ser, se encuentra frente a un sí mismo que se aloja en otra dimensión de su mente, una dimensión o plano de energía que no es asociable por imitación porque es totalmente independiente de las categorías psicológicas que forman las estructuras emocionales y mentales del Hombre inconsciente sin identidad real.

El fenómeno de la crisis de identidad es un sufrimiento para el Hombre, porque nunca puede ser perfectamente feliz en sí mismo, consigo mismo, lo que busca constantemente. Para él, ser feliz es una experiencia que quiere vivir permanentemente. Pero no se da cuenta de que para ser lo que él llama "feliz", tiene que sentirse bien consigo mismo, es decir, tiene que poder sentirse en perfecta armonía interior sin que el mundo exterior pueda perturbar esta armonía. No se da cuenta de que la vida no se distingue de por sí misma hasta que él tiene el poder interior de atravesar el telón de fondo que le da su color.

Un Hombre que ha descubierto su identidad real ya no vive la misma vida que antes. Los colores han cambiado, la vida ya no tiene el mismo atractivo, es diferente en todos los ámbitos. Pues se diferencia de la otra vida anterior por el hecho de que es el individuo real quien determina las posibilidades, en lugar de que éstas le sean impuestas categóricamente por la cultura en la que está arraigado.

La vida del Hombre que ha descubierto su identidad representa una continuidad que se pierde en el tiempo y que ya no tiene límite, es decir, un fin. Ya, esta realización interviene en el modo de vida y en el modo de creatividad de la vida. Mientras el Hombre sufre de identidad, mientras no tenga contacto con la inteligencia real que hay en él, sólo puede subvenir a sus necesidades.

Cuando está en la luz, ya no tiene que subvenir a sus necesidades, pues ya conoce, por vibración, el modo de su vida, y este conocimiento le permite generar la energía creativa necesaria para sus necesidades. La categoría psicológica de la supervivencia se desvanece y es sustituida por una energía creativa que emplea todos los recursos del Hombre y los pone a disposición de su bienestar.

Para que el Hombre supere su problema de identidad, debe producirse en él un desplazamiento de valores del plano psicológico al plano de la inteligencia pura. Mientras que los valores psicológicos contribuyen a su crisis, porque están limitados a sus sentidos, a su intelecto que interpreta el material sensorial, necesita una regla de medida que no esté sujeta a la aprobación de su intelecto.

Es aquí donde por primera vez surge en él una especie de oposición a algo que le penetra y que no puede evitar en su movimiento. Cuando el movimiento ha comenzado, es la luz de esa inteligencia que es independiente de su ego y sus quimeras.

Es aquí donde se empieza a sentir el cambio de valores, que se traduce en un sufrimiento interior suficiente para hacer penetrar la inteligencia de la luz según lo que debe experimentar el Hombre que despierta.

El desplazamiento de valores solo se hace gradualmente, para permitir que el ego mantenga un cierto equilibrio. Pero con el tiempo, se forma un nuevo equilibrio y el ego ya no es socialmente normal, es consciente. Es decir, ve a través de la ilusión de la forma y de la norma, y se individualiza cada vez más para elevar la vibración de sus cuerpos sutiles, en los que se basará su individualidad y su identidad real.

El desplazamiento de valores es en realidad un colapso de valores, pero lo llamamos "desplazamiento", porque los cambios que ocurren corresponden a una fuerza vibratoria que transforma el modo de ver, para que el modo de pensar pueda ajustarse a la inteligencia de un centro superior en el Hombre.

Mientras el ego no haya presenciado este colapso vibracional, continuará manteniendo las categorías de pensamiento, de símbolos, que constituyen los muros de su falsa identidad. Pero tan pronto como estos muros comienzan a debilitarse, el desplazamiento de valores corresponde a un cambio profundo, que no puede ser racionalizado por el ego. Y no pudiendo ser racionalizado por el ego, finalmente es golpeado por la luz, es decir, finalmente se vincula a ella de manera permanente y creciente.

Entonces su vida se transforma por ciclo y pronto ya no la vive en límites, sino en potenciales. Su identidad se define cada vez más en relación con ella, en lugar de definirse en relación con sus deseos subjetivos. Y empieza a darse cuenta de lo que significa "el yo real y objetivo".

Cuando realiza el yo real y objetivo, ve muy bien que este yo es él mismo, más algo más dentro de él que no ve, pero que siente que está ahí, en algún lugar dentro de él. Algo inteligente, permanente y constantemente presente. Algo que vigila a través de sus ojos, e interpreta el mundo tal y como es, y no como el ego lo veía antes.

Ya no se dice que este Hombre es "mental", se dice que es "supramental", es decir, que ya no necesita pensar para saber. Sufrir de identidad está tan lejos de él, de su experiencia, que se sorprende cuando mira hacia atrás en su pasado, y ve lo que es ahora y lo compara con lo que era.



CAPÍTULO 2

LA CRISIS DE IDENTIDAD CP-033

El problema de identidad en el Hombre moderno está lo suficientemente avanzado como para crear una crisis mundial jamás registrada en los anales de la humanidad. El problema de la identidad no es sólo un problema personal, es también un problema planetario.

En el orden planetario, este problema se acentúa según el poder de destrucción de la civilización. Cuanto más tiende la civilización hacia el abismo, más engendra a su vez en el Hombre una incapacidad de situarse creativamente frente a sí mismo. Porque las pérdidas de valores civilizadores crean en él una especie de desesperación que lo "arranca" (sustrae) de la tierra antaño fértil, de su pueblo, de su nación, para hundirlo solo ante el caos, donde él, como Hombre, no tiene ninguna razón real para apreciar la vida, porque ya no es sana en su conjunto, es decir, en un marco psicológico equilibrado.

Es aquí donde la crisis de identidad se acentúa y hace al Hombre esclavo de todas las presiones externas que no puede evitar psicológicamente, porque carece de inteligencia y de voluntad suficientes. Observamos entonces el drama humano. La esclavitud del Hombre por el Hombre y la desintegración gradual de la personalidad.

A escala individual, el problema se limita a un sufrimiento personal, a escala mundial, el problema ya no tiene "limitaciones" (restricciones), y una guerra de aniquilación se vuelve con el tiempo más probable que un período de paz.

Pero como nos interesa el Hombre como individuo, buscamos definir la naturaleza de los mecanismos que pueden sacarlo de la inmensa ola de fondo que amenaza con aspirarlo y atraerlo hacia los abismos de una civilización cuyos arrecifes ya han comenzado a perforar la superficie de la vida moderna.

El problema de la identidad debe ser resuelto completamente por el Hombre antes de que pueda disfrutar de una vida plena y agradable. Mientras el individuo se busque o trate de situarse frente a la sociedad o frente a otros Hombres, en lugar de frente a sí mismo, dentro de esta sociedad, es incapaz de vivir de estas fuerzas creativas y regenerativas, porque estas fuerzas deben atravesar la red que lo separa de sí mismo, antes de que pueda servirse de ellas y así vivir una vida a la altura de sí mismo.

La verdadera individualidad del Hombre deriva de la lucha que puede llevar a cabo dentro de sí mismo por la conquista de su verdadero yo, de su verdadero ego, es decir, de ese ego no contaminado por las suciedades creadas por influencias externas inauditas, imperceptibles a aquel que no comprende y no realiza la naturaleza del Hombre.

El ego del Hombre debe ser fortalecido interiormente y no alimentado exteriormente. De esta fuerza interior surge el poder creativo y las fuerzas regenerativas que necesita para estar bien. La identidad del Hombre, su verdadera identidad, es una composición perfecta de lo que es, es decir, de lo que percibe y comprende a través de la mente superior.

No hay otra salida para el Hombre, ya que está, esta salida vinculada a lo universal en él. Y es de lo universal que debe aprender a vivir y no de la sociedad. Aquí es donde radica el problema de la identidad. El Hombre está tan confundido en sus ideas que su identidad se desvanece cada vez más, a medida que produce nuevas ideas cuya inteligencia es demasiado imperfecta para satisfacer sus necesidades más profundas.

Cuando el Hombre comienza a vivir de inteligencia, libre de ideas puramente sociales, su mente empieza a funcionar de un modo nuevo, y gradualmente la vida en él cambia, y su inteligencia creativa altera su comportamiento exterior, de modo que el problema de la identidad se desvanece.

Su verdadera individualidad toma forma, y el Hombre descubre que es realmente todo lo que siempre ha sido, todo lo que siempre ha sentido pero se ha negado a realizar. Porque el ego prefería vivir por hábito que por inteligencia y voluntad puras, es decir, instantáneas.

El problema de identidad coincide con la falta de inteligencia real, es decir, supramental, y esta falta de inteligencia surge de la falta de voluntad real. Tan pronto como estas dos fuerzas en el Hombre se vuelven activas, la inferioridad del ego desaparece y da paso a una conciencia egoica cuyo centro está por encima de la conciencia mental inferior del ego, liberándolo del yugo de la autovaloración, para engendrar en sí mismo la paz del Hombre.

Mientras el ego - solo para enfrentarse a los múltiples aspectos de la vida generados por el alma para su evolución - no haya captado la importancia de asegurarse en la inteligencia del alma, la falsa seguridad que puede crear en su mente inconsciente se volverá en su contra, pues ningún Hombre puede ser permanentemente feliz si no es realmente inteligente y realmente voluntario. Porque la vida le quitará, con el tiempo, el falso soporte del que se habrá servido para vivirla.

La vida sólo es amiga del Hombre cuando éste ha aprendido a domarla, como se doma a un animal salvaje. Y es en el curso de este aprendizaje que el Hombre aprende uno de los grandes secretos de esta vida: es que quiere ser domada, subyugada, para que pueda servir al Hombre en lugar de que el Hombre la sirva a ella. El propósito de la luz es estar al servicio del Hombre, lo que apropiadamente llamamos "evolución".

Pero el Hombre no entiende esto, ni sabe que es así, porque nunca ha hablado con la luz, la inteligencia, la vida en él. Nunca lo ha entendido. De ahí su perpetua crisis de identidad y su sufrimiento existencial. Naturalmente, el Hombre no se da cuenta de que la vida no se doma según su razón, sino que se doma según el desarrollo de su inteligencia y de su voluntad real. Y estos dos principios crecen en él con el tiempo, es decir, en el transcurso de la lucha, hasta que se convierte en el vencedor total e incondicional.

Mientras el Hombre sufre de identidad, es porque no comprende algo esencial en sí mismo, es que no tiene suficiente inteligencia real. Sólo el tiempo puede remediar esta situación. Pero el tiempo está a favor del Hombre sólo cuando ha comenzado a darse cuenta del verdadero rostro de su ego. Y este rostro que busca sólo aflora de forma llamativa cuando sufre de identidad. Pero este sufrimiento debe cesar, de lo contrario no puede vivir plenamente su vida.

Así como la existencia es una serie constante de perturbaciones, la vida real es la permanencia de la calma, tanto en el plano material como en el éter. Pero la vida debe perfeccionarse en el plano material antes de que el Hombre pase al éter, es decir que la inteligencia y la voluntad universales deben ser conscientizadas, canalizadas por el ego, antes de que el Hombre prosiga su vida en una dimensión paralela a la materia.

Pero lo que nos interesa en este momento no son las etapas continuas e infinitas de la vida, sino la vida material dentro de una civilización material. No es el plano o la densidad del plano el obstáculo del Hombre, sino su ego perturbado por fuerzas, cuya influencia no ve en él, que le violan su verdadera identidad, su verdadero yo. Pero el Hombre ya no tiene excusa, porque hoy el Hombre sabe que hay más en él de lo que puede realizar. Todo el juego es para él y todo el juego está en él.

La necesidad de vivir según las leyes de una psicología cósmica, es decir, de una psicología total y perfectamente independiente del aparato sensorial humano, se hará cada vez más evidente para el Hombre que sufre de identidad, a medida que los acontecimientos futuros de la vida material terrenal se volverán cada vez más insoportables para una psicología materialista y planetaria.

Al final de esta generación, el Hombre necesitará una inteligencia interior que no puede ser proporcionada por su intelecto, ya que éste será sacudido hasta sus cimientos, pues se acerca el tiempo en que vendrán a la Tierra seres que no son de nuestra raza, pero superiores a la nuestra en inteligencia y poder. Sólo la inteligencia cósmica interior y universal del Hombre podrá resolver este enigma de los tiempos modernos, que el intelecto habrá reprimido orgullosamente hacia las fronteras de lo incognoscible, lo desconocido o la ciencia ficción.

Pero el Hombre solo aprende por experiencia cuando no está en la inteligencia. Esta forma de aprendizaje puede resultar muy dolorosa para el Hombre y su falsa identidad. Más vale saber que perecer en la locura que tales acontecimientos provocan en las razas primitivas.

El problema de identidad es equivalente a la carencia de inteligencia, y proporcional a la falta de luz que esclarece el ego. Cuanto más el ego está en la luz, en la inteligencia, menos sufre de identidad y más poder tiene en el mundo, es decir, es verdaderamente creativo en su vida.

Hay que asegurarse de comprender bien lo que significa "creatividad". Es creativo todo lo que conduce al Hombre y a su civilización hacia la armonía. También la inteligencia constructiva del Hombre está sujeta a este principio fundamental de vida e inteligencia. Si el Hombre construye una ciencia que crea desarmonía, esta inteligencia no es creativa, no viene del alma sino de los planos inferiores. Es por eso que el Hombre, cuya inteligencia es altamente constructiva, no es inmune al problema de identidad.

Mientras el Hombre no haya superado el problema de identidad, permanecerá convencido de que su naturaleza está sujeta al modo de vida que le ofrece el planeta, es decir, un modo de vida puramente material, discontinuo y limitado por el tiempo, es decir, la muerte.

El esfuerzo del Hombre por descubrir su identidad es un enorme desperdicio de energía, pues sus centros mentales y emocionales retrasan el paso de la energía creativa a sus dos centros vitales. Mientras que sus centros de inteligencia y de emoción deberían ser utilizados por las fuerzas creativas, se han convertido en el soporte egocéntrico del Hombre, proporcionándole las energías inferiores que son el quid del problema de su identidad. Las fuerzas creativas deben fluir libremente en estos centros del Hombre, sin que su ego interfiera con su subjetividad. Porque es la subjetividad del ego la que pone en peligro el paso de la energía cósmica en el Hombre, según una vibración que es disminuida por la emotividad o la mente inferior.

Por eso el problema de identidad es un problema grave, tanto para el individuo como para el planeta entero. Porque ni el Hombre, ni la sociedad evolucionan según las leyes de armonía que constituyen las fuerzas cósmicas. Mientras las fuerzas evolutivas no generen choques vibratorios en el ego, éste sufre su problema de identidad a escala personal. Pero cuando estas fuerzas cósmicas penetran la conciencia planetaria creando choques vibratorios a escala planetaria, el Hombre se ve obligado a sufrir su problema de identidad a escala planetaria. Porque las leyes del Hombre están revertidas y su ego ya no puede racionalizar el valor de su porvenir, pues se enfrenta a la destrucción por el fuego.

Sólo el Hombre que ha descubierto su identidad real, es decir que vive de una inteligencia real que esclarece su ego, puede sobrevivir a tal conflagración sin verse afectado. Al contrario, estando en la inteligencia de los acontecimientos y comprendiéndolos, su vida no se ve afectada, pues sabe muy bien que está a punto de nacer un nuevo ciclo en el que las condiciones de vida marcarán una nueva era, en la que los Hombres libres vivirán una vida libre, es decir, inteligente y creativa, en lugar de constructiva y destructiva.

Donde el Hombre vive más intensamente su crisis de identidad es en la experiencia de su sexualidad. Porque es aquí donde su naturaleza humana inferior trata de dominar su naturaleza superior, a través de la emoción e ideas que se construye de la nada para valorizarse. ¡El Hombre es un todo! Es decir, las fuerzas universales en él deben armonizar todo su ser. Incluso la sexualidad debe vivirse según estas fuerzas. Pero el Hombre no se da cuenta de que incluso la sexualidad se ve afectada por estas fuerzas, y en cuanto no coincide con la idea que tiene de ella, se compromete a racionalizar su sexualidad. Entonces lo sufre y de ello se deriva un problema de identidad.

Del mismo modo, en el ámbito del amor, no reconoce el efecto de las fuerzas creativas en su vida y no ve que todo su ser puede ser transformado por las condiciones que estas fuerzas pueden crear para su experiencia. Ajeno a su presencia, sigue sufriendo una crisis de identidad demasiado familiar para quienes han experimentado la pena de amor.

En el trabajo, el Hombre se enfrenta al mismo problema, porque la meta, el éxito que se ha fijado para valorarse como ego, se le escapa en algún momento de su experiencia. Así que, otra crisis de identidad. Y toda la vida se vive así, fuera de la realidad que sólo la inteligencia real puede esclarecer y hacer comprender.

El Hombre debe, si quiere desarrollar una personalidad conforme a su interior inteligente, superar las absurdidades de la personalidad ficticia. Pero su emotividad y su intelecto no se lo ponen fácil, pues en el curso de su experiencia se viola constantemente el principio fundamental de todo ser: el que dicta que todo Hombre es lo que debe ser, siempre que se mire a sí mismo y deje de mirar a los demás para compararse con ellos. Esto es fácil de decir, por supuesto, cuando lo sabemos.

Pero que sea fácil o difícil de realizar no es aquí el punto, ya que cualquier Hombre, sea quien sea, puede entenderlo a escala de sí mismo. El hecho de que una cosa sea fácil para el iniciado y difícil para el profano no significa que no sea accesible para el profano. Si fuera así, no habría razón para que existiera el iniciado. Mientras el Hombre se fije en lo que lo hace "inseguro", inferior, no apto, y deje de concebirse según esa perspectiva. Y que empiece a verse "seguro" (sólido) a través de su inteligencia real. Se descubrirá a sí mismo como ser, es decir, no sufrirá de identidad.

Es el comienzo de este descubrimiento lo que es importante, y no su perfeccionamiento, porque el tiempo produce perfección, pero el tiempo no espera al Hombre, sino que es el Hombre el que es prisionero del tiempo.

La conciencia del vacío psicológico es la medida misma del Hombre que no sufre de identidad, del Hombre supramental. Esta conciencia, aparte del papel de la inteligencia en ella, es el fundamento del ser cósmico, del ser universal, del Hombre liberado de la crisis de identidad que afecta a la operación de los tres principios universales de inteligencia, de voluntad y de amor.

El Hombre no puede estar lleno de sí mismo y a la vez vacío. Algún día debe sustituir el lleno, que son ilusiones de formas, de ahí su crisis de identidad, por el vacío, es decir, la ausencia de tales ilusiones, de tales formas. Pero el Hombre, lleno de sí mismo, teme el vacío, porque no lo comprende. Teme el vacío, porque se altera cuando se hace sentir, aunque la perturbación sea solo el resultado de la limpieza interna de su conciencia mecánica. Solo el vacío elimina para siempre el problema de identidad en el Hombre, porque ya no hay formas en él que pueda utilizar para construirse una identidad falsa.

Mientras el vacío no sea suficiente, el Hombre persigue sin descanso algún ideal que se hace - o que ya se ha hecho - de sí mismo, sólo para redescubrir con los años que la vida no es lo que queremos que sea. Por supuesto que no lo es, porque sólo la conocemos a través de nuestras ilusiones. Así que estamos constantemente decepcionados de nosotros mismos y de la vida. ¡Y, sin embargo, no es culpa de la vida! Es el problema del Hombre, de su identidad que lo ha arruinado todo.

El Hombre vive cara a cara con una idea que tiene o que le gustaría tener de sí mismo. Y esta idea nunca es lo que a él le gustaría que fuera, porque está construida de emociones. La base emotiva está ligada a su papel social, y su papel social es una fabricación psicológica que construye en función de lo que el entorno le ofrece. Si el entorno es sano, la construcción adquiere una magnitud más acorde con sus deseos, si no, la construcción se deshace poco a poco, como las débiles puntadas de una lana mal trabajada.

¡Pero que surja una situación imprevista en la vida del Hombre! Y he aquí que incluso la construcción conforme a los deseos anteriores se deshace, la crisis de identidad resurge de nuevo y el Hombre no sabe dónde poner la cabeza. Vivir desde la inteligencia y la voluntad obliga al Hombre a ir más allá de los límites psicológicos del ego inconsciente, de sus emociones, y a incorporar a su conciencia fuerzas que lo convierten en un ser cada vez más "seguro", es decir, un ser que ya no necesita ser absorbido por todo tipo de problemas que fluyen hacia él y que está obligado de vivir.

Dado que todos los problemas del Hombre provienen de su inconsciencia, es decir, de su incapacidad emotiva para verlos cara a cara, es obvio que su identidad falsa es la mayor víctima. Y el Hombre, al no estar "seguro" en su vida, transpone constantemente su problema de identidad a sus problemas de vida y cree que son los problemas la fuente de su desgracia, cuando en realidad su desgracia es producto de su falsa identidad, de su débil personalidad, y de sus emociones.

Que el Hombre reconozca que es hora de perforar la red de su intelecto y de sus emociones, de ver los matices, los colores, porque la red tal como está sólo puede causarle problemas en la vida. Porque cualquier identidad falsa le quita al individuo años de vida agradable en beneficio de los demás, en beneficio de sus emociones. Porque es muy cierto que el Hombre sólo puede ser feliz si vive su vida de acuerdo a sí mismo, en todos los aspectos. Y así es como es, cuando las fuerzas del alma en su interior le obligan a encontrar un punto de referencia distinto del de su vecino.

La crisis de identidad no puede coexistir con la conciencia. Esto es absoluto. Y la crisis de identidad debe ser superada para que la conciencia se instale permanentemente en el Hombre. Y noten lo que significa la conciencia: inteligencia, voluntad y amor reales. Cuando el Hombre es despojado de la falsa inteligencia, de la falsa voluntad y del amor subjetivo igualmente falso, comienza a vivir desde su identidad real, es decir, desde la luz que lleva dentro. Y de la energía de esta luz, transmuta sus principios inferiores para un día cambiar de dimensión, de plano de vida.

La lucha contra su falsa identidad se hace sentir en cuanto toma conciencia de que el Hombre sólo es verdaderamente él mismo cuando ha dejado de lado el "sí mismo" al que se aferra. No hay dos caminos en la vida, sólo hay uno: lo real. Lo verdadero y lo falso no son caminos sino vías. Lo real es un solo camino, porque todos los caminos conducen a él.

La crisis de identidad coincide con el tiempo del Hombre. Y cuando el Hombre sale del tiempo del Hombre, entra en el tiempo del Superhombre. Y este tiempo no está sujeto a las leyes del ego, está sujeto a las leyes de la luz en el ego. Y son las leyes de la luz las que generan en el Hombre la energía que destruye su falsa personalidad, su falsa identidad. Es muy importante comprender que la crisis psicológica del Hombre inconsciente proviene de su ausencia psicológica, es decir, de su incapacidad para comprender lo que le sucede en la vida.

Cuando el Hombre comienza a vivir desde la presencia psicológica, empieza a vislumbrar las diferentes manifestaciones de esta energía y a comprenderlas. Y de esta realización vive y lo lleva a liberarse de la crisis de identidad. No podemos escapar de la crisis de identidad hasta que hayamos penetrado en esa presencia psicológica que nos hace realizar instantáneamente el porqué de toda influencia que tiende a definir el ego, es decir, darle material subjetivo del que podría servirse para colorear su vida e incitarlo a la crisis de identidad.

La crisis de identidad es una cobertura que la luz no puede traspasar, porque es detenida en su movimiento por la emoción y el intelecto. Pero en cuanto el Hombre empieza a pasar de la mente inferior a lo sobremental hacia el supramental, empieza a ver que, de hecho, todo lo que hace coincide con lo que puede hacer en un momento dado de su evolución. En cuanto su evolución se acelera, su potencial evolutivo corresponde a esta presencia psicológica. Y es de esta presencia que se desprende egocéntricamente para abrirse a su centricidad, debilitando así gradualmente su crisis de identidad.

Mientras el Hombre está insatisfecho consigo mismo, es porque sigue sufriendo la crisis de identidad. Cuando avanza lo suficiente en el supramental, su falsa identidad ya no puede perjudicarlo, porque ya no piensa "respecto" a sí mismo como en el pasado, sino "para" sí mismo. Y es el hecho de pensar "para" sí mismo lo que hace descender en él una energía que lo fuerza a contrarrestar la influencia de los demás. En el momento en que piensa para sí mismo, en vez de respecto a sí mismo, la reflexión en el ego se atenúa, y la mente se fortalece a expensas de las emociones subjetivas que cultivan la falsa identidad. Toda falsa identidad genera aislamiento del individuo.

La identidad real, es decir, la centricidad, no ofrece ninguna resistencia fuera de uno mismo, ya que no hay más esfuerzo, sino que crea un muro entre uno mismo y el exterior que impide que este último perturbe la psicología del individuo. No siendo ya perturbado, ya no sufre de identidad. Pero el Hombre nunca ha vivido el ciclo que viene, no se da cuenta de que este ciclo es un ciclo completo, es decir, que el Hombre será totalmente transformado por la energía, y no llevado gradualmente a lo largo de los siglos a un nivel más alto de conciencia. Por eso este siglo es el más difícil de todos, el más difícil de todos los que han precedido.

Porque en el pasado las grandes fuerzas socio-culturales servían para instruir al Hombre, mientras que en el futuro el Hombre será instruido desde el interior de sí mismo, y deberá soportar solo el peso de esa instrucción. Mientras que la instrucción interior coincide con la inteligencia de la luz en el Hombre, coincide también con la psicología supramental del Hombre. Cuando el Hombre se cuestiona de esta inteligencia, se da cuenta de que es perfecta, pero por encima de su ego, liberando así al ego de toda necesidad de encontrarse o de buscarse una identidad personal frente a sí mismo.

El problema de identidad es una ilusión del ego, pues éste, solo en su interpretación de la realidad psicológica, es incapaz de seguir perfectamente las líneas de su pensamiento y de relacionarse con el origen de sus pensamientos, ya que está en la ilusión que piensa. Pero tan pronto como empieza a comprender esta ilusión, le resulta cada vez más fácil remontarse a través del pensamiento abierto u objetivo hasta el origen de sí mismo, y en el proceso darse cuenta de que su yo es sólo un medio para que su imaginación interprete el material psicológico de acuerdo con un principio prepersonal que lo desvincula del valor emocional de su personalidad.

Tan pronto como se desvincula del valor emocional de su personalidad, emprende comprenderse en relación con su inteligencia real, en lugar de entenderse con respecto a su intelecto que se ve obligado a aceptar las conclusiones emocionales de su personalidad. Conclusiones que tienden a conformarse con el Hombre social, para que el ego se sienta bien consigo mismo en el Hombre social. Pero el ego no puede estar bien consigo mismo si se concluye según un baremo fuera de sí mismo.

La crisis de identidad es siempre proporcional al alejamiento del ego del centro de sí mismo. Y este centro no puede alcanzarse por conclusión emocional o intelectual, sino por superación de sus valores subjetivos. El ego debe dejarse penetrar por la vibración de la inteligencia supramental, para ver que lo que es, y naturalmente lo que debe ser, y en lo que se está convirtiendo, es una prolongación en el tiempo y un perfeccionamiento de lo que es, pues todo Hombre es un ser en potencia. Pero el potencial sólo puede realizarse después de percibir la inteligencia de la luz en su interior que mueve el intelecto y lo esclarece.

La crisis de identidad es el olvido de sí mismo bajo los escombros de la falsa personalidad. Y para que el Hombre salga del olvido de sí mismo, debe ser recordado a su memoria cósmica, de ahí la necesidad de comunicarse con la inteligencia real, cósmica y universal que hay en él. Pero no es fácil romper la red de la falsa identidad para entrar en comunicación con una inteligencia que corre el riesgo de destruir esta identidad subjetiva para siempre. Y este es el problema del ego.

Por eso el Hombre que va a lo supramental va solo y descubre solo la verdadera naturaleza de la identidad del Hombre. Y cuando la realiza, ya no es el mismo, ya no busca quién es, porque lo que descubre es todo lo que es. No siendo ni más ni menos que lo que descubre, ya no vive a espaldas de sí mismo, sino desde lo más profundo de sí mismo. Está a gusto en su propia piel y nadie puede llevarla, porque sólo él la conoce y sólo él la aprecia, y sólo él la transforma en una piel cada vez más real, cada vez más amplia, cada vez más grande, es decir cada vez más conforme a sí mismo, ese "sí mismo" que no está bajo el yugo de la subjetividad emocional y mental, alimentada por valores exteriores a él. Comienza a ser libre, es decir, libre del problema de la crisis de identidad.

Si el Hombre se analiza a sí mismo, no es el verdadero yo el que descubre, sino el que le gustaría ser. Error grave, porque el Hombre sólo se construye con el material que está dispuesto a dejar penetrar libremente en él, y no con las ideas con las que se casa, porque parecen encajar bien con el deseo que tiene de verse de tal o cual manera. La vida no es un sastre para la personalidad, sino una fuerza que penetra en la personalidad y la habita perfectamente, si ésta es lo suficientemente robusta e inteligente, es decir, si el ego es suficientemente fuerte en espíritu y sensible.

De esta condición, la personalidad se da cuenta de que no tiene que romperse la cabeza con la vestimenta que la vida le ofrecerá a su manera y de forma perfecta, siempre que el ego se comprometa a definirse bien, es decir, a verse bien a través de la luz que la atraviesa. Si logra verse a sí mismo a través de esta luz, la personalidad estará bien vestida, porque el ego habrá canalizado buenos tejidos destinados a envolverlo.

La crisis de identidad perturba el ego y disminuye la personalidad. Cuando pasó, el ego está tranquilo y la personalidad radiante, pues los dos compañeros están finalmente unidos en una sola túnica: la realidad psicológica del ser, realidad que sólo vive desde el interior y se extiende creativamente hacia el exterior. Mientras el Hombre de la Tierra siga pervirtiendo su realidad, generará su propio sufrimiento, ya que el sufrimiento es la interferencia del ego con los choques vibratorios de la luz del alma que crea eventos para la edificación del ego o para su evolución.

Si el ego comprende bien su lugar en la vida, la luz le facilita la vida, de lo contrario le dificulta la vida, porque la vida inconsciente es antiluz. Para que la vida sea bien vivida, el Hombre debe desprenderse de su pequeñez y vincularse perfectamente a la naturaleza universal de sí mismo, a su inteligencia, a su voluntad, para que un día pueda vivir del amor que crea y armoniza.

Pero mientras dude de sí mismo, estará arrastrando los pies en las profundidades de su problema existencial, la crisis de identidad.

Y un día el Hombre tendrá que darse cuenta de que la crisis de identidad, a escala planetaria, es la cepa de la gran inquietud, de la gran tristeza, de la gran y aterradora revelación. Los tiempos están marcados y el Hombre debe conocerse o morir. No es el Hombre como ego inconsciente quien dictará la evolución de su vida mañana, sino el espíritu del ego que imprimirá en su memoria la ley de la luz. Y esta ley será la ley del Hombre nuevo, del Superhombre. ¡Acabada para siempre, la crisis de identidad!



CAPÍTULO 3

EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD CP-103

La identidad del Hombre es una cuestión de su poder psicológico sobre las influencias planetarias que lo vinculan a la emoción psicológica, es decir, a la emoción arraigada en los valores psicológicos de su cultura y de su raza. El desarrollo de la identidad del Hombre sólo puede venir con la neutralización más o menos avanzada de sus necesidades emotivas, astrales, frente a la vida y a sus exigencias coloreadas por la emoción humana. El Hombre no es un ser perfectamente equilibrado en sus energías, por lo que su identidad sólo puede ser función de este equilibrio más o menos desarrollado.

La crisis de identidad se acentúa cuando se cuestionan los fundamentos de la psicología humana. El ser humano no tiene más que sí mismo como punto de referencia. Ya no puede confiar en una estructura que ha absorbido durante su educación sentimental. Es a partir de este momento de la vida del Hombre cuando empieza a descubrir los aspectos más o menos ocultos de su identidad y comienza a darse cuenta, no de lo que es al principio, sino de lo que está construido. Al darse cuenta de lo que está construido, puede entender lo que es y lo que puede hacer en la vida para llevar a cabo su destino fuera de las influencias planetarias que sirvieron para construir sus planos inferiores.

La crisis de identidad en el Hombre moderno es profunda y no le ofrece ninguna resolución total y perfecta hasta que no haya tomado conciencia de las leyes de energías que constituyen el material profundo que gestiona su vida desde los planos superiores hasta los planos inferiores de las influencias planetarias. Para que el Hombre moderno pueda descubrir su identidad, para que pueda percibir un poco más claramente lo que es, de lo que está construido, debe poder reconocer en sí mismo un principio básico que activa todos sus principios inferiores, Y ese principio básico es la energía de su doble, de su inteligencia creativa. Ahora bien, este principio sólo puede percibirse y reconocerse mediante la comunicación mental o la vibración.

Así pues, para que el Hombre descubra su identidad, debe ser capaz, en algún momento, de superar o ver a través de la expresión inteligente y encubierta de este principio, y aplicarse a vivir de la energía creativa de este principio. Pero para vivir de la energía creativa de este principio, el ego ya no debe cuestionar su acción en el plano material. Si cuestiona su acción, se subyuga al astral o a la reflexión del principio y entonces se ve obligado a vivir o a sufrir lo que podemos llamar torturas mentales, es decir, una amalgama de pensamientos de todo tipo que representan el conformismo de su memoria racial y su oposición sistemática a la energía creativa de la acción nacida de la identidad de la conciencia supramental.

Para el Hombre evolucionado, cuanto más busca su identidad, más se apodera de él su cultura y más difícil se hace adquirir esa identidad, porque corre el riesgo de perder más hoy que en el pasado en esta búsqueda personal, a menos que sea lo suficientemente consciente interiormente como para superar la miríada de formas que fluyen hacia él desde el exterior y tratan de mantenerlo ciego. Así, la crisis de identidad, tal como la conoce el Hombre, se convierte en el eventual desafío de su naturaleza humana contra su naturaleza cósmica, además de la eventual fusión entre su naturaleza cósmica y humana. Pero el Hombre debe reconocer el desafío, pues de lo contrario corre el riesgo de espiritualizar su naturaleza humana hasta tal punto que nunca podrá descubrir su poder oculto.

El Hombre no debe olvidar que su naturaleza llamada inferior lo es debido a las influencias planetarias que la han compuesto. Cuando el Hombre se ha dado cuenta de esto, está preparado para enfrentarse a su naturaleza cósmica y canalizarla según sus necesidades cada vez más armoniosas, de modo que aprende con el tiempo a reconocer su identidad, es decir, la calidad superior de su inteligencia y la naturaleza superior de su voluntad.

El Hombre creyó en el pasado que su identidad podía armonizarse con las fuerzas espirituales para darle la unidad que buscaba para ser feliz en la Tierra. Y, sin embargo, todos los esfuerzos místicos y espirituales de la humanidad han llevado al Hombre a una fuerza de alienación psicológica más o menos definitiva y más o menos empalagosa.

El Hombre necesita reconocer, vivir libremente fuera de las influencias planetarias buenas o malas, porque necesita expresar lo que en él es totalmente nuevo. Cuando se dice nuevo, se quiere decir lo que no forma parte de su memoria. Sólo cuando el Hombre vive de nuevo y de renovado, aprende a medir su inteligencia y su voluntad creativas y descubre que su vida y su identidad son parte integrante de su llamada consciencia supramental.

La dificultad del Hombre para descubrir su identidad se debe a que no tiene pruebas suficientes de la realidad de su doble. Pero no se da cuenta de que la debilidad de la prueba está relacionada precisamente al influjo de las influencias planetarias que sirven de material a su consciencia psicológica y subjetiva.

Los que, por razones de trabajo particular, han conocido la prueba, la experiencia absoluta, no están marcados por esta dificultad, sino que están obligados, por la profunda relación que tienen con el doble, de hacer don de su personalidad. De un lado u otro, el Hombre está obligado de avanzar lentamente, o de sufrir brutalmente en el descubrimiento de su identidad. Mientras el Hombre tenga que reconocer la diferencia entre el bien y el mal para estar seguro de que está en el camino del descubrimiento de su identidad, está obligado de experimentar, día a día, la crisis de identidad, pues esta crisis nace de su alianza con la psicología de su raza, de su pueblo.

El ser humano debe superar la condición psicológica de su experiencia racial para acceder a la realidad de su doble, es decir, a la energía de su consciencia superior. Pero esto debe hacerse sin perder el contacto con sí mismo, sin ser sometido de ninguna manera a cualquier impresión que trataría de quitarle la elección de vivir plenamente.

En cuanto el Hombre pierde la elección de vivir plenamente su vida, sucumbe a una influencia planetaria en su interior que forma parte de su consciencia espiritual. Ahora bien, la consciencia espiritual del Hombre es la totalidad de las influencias planetarias sobre su consciencia egoica, la suma total de las influencias astrales más elevadas.

Y esta condición, si no es puesta en jaque por el propio Hombre, es probable que cierre la puerta a su identidad en esta vida, porque la identidad del Hombre no puede ser separada o dividida en espiritualidad y materialidad. Está construida de la conciencia de ambos aspectos en él y de un tercero, que es su inteligencia pura y voluntad real.

La identidad del Hombre está por encima de la polaridad de su consciencia espiritual y material. Tan por encima, que cuanto más grande y profunda es la identidad, más el Hombre está por encima de su consciencia espiritual y material, y tanto mejor las conoce a ambas para utilizarlas bien.

Así que la identidad del Hombre, su crisis, es un reflejo de su incapacidad para sostener tanto el hierro de la materialidad como el bálsamo de su espiritualidad en sus manos izquierda y derecha. Y sin embargo, ambos son importantes porque ambos forman parte de la experiencia de su naturaleza inferior. Pero el Hombre cree que su espiritualidad forma parte de su naturaleza superior, pues aún no puede comprender que la inteligencia y la voluntad están por encima de esa naturaleza.

Sólo cuando su naturaleza inferior haya aumentado su poder de percepción, podrá hacer descender a su naturaleza inferior la inteligencia y la voluntad que necesita para enriquecerla, y dar a su vida, en el plano material, el poder que necesita para superar los obstáculos de una civilización sofisticada y mecánica.

La crisis de identidad del Hombre moderno es el gran presagio de la próxima evolución. Sólo falta que el Hombre descubra los indicadores que le servirán de guía, para atravesar con decisión el velo de inseguridad psicológica que resulta de esta aguda crisis.

El Hombre no tiene consciencia real, sólo puede ver realmente en qué se está convirtiendo cuando la energía de su consciencia, la energía de su doble, comienza a obstruir la mecanicidad de su ego. Esta es la primera prueba que se le da al Hombre nuevo.

Luego vendrá la fase en la que deberá controlar la energía para canalizarla para su bienestar. Pero sólo podrá controlarla cuando haya comprendido plenamente estos dos aspectos inferiores, el espiritual y el material, y les haya dado el lugar que les corresponde, sin quitarles el beneficio de la libertad. Es entonces cuando se puede decir que el Hombre está descubriendo su identidad, pues este descubrimiento de la identidad coincidirá precisamente con el equilibrio en él de lo espiritual y de lo material.

La energía del Hombre, sus principios subjetivos y cósmicos, no pueden ser utilizados y controlados por él hasta que se haya establecido este equilibrio, ya que el uso de esta energía requiere que el Hombre no tenga ningún apego ni a lo espiritual ni a lo material, sino que sea total y puramente inteligente y voluntario.

Ahora bien, la voluntad y la inteligencia que nacen del equilibrio de estos aspectos de su naturaleza inferior no pueden ser condicionados ni por uno ni por el otro de estos aspectos, ya que sólo pueden ser activados cuando estos aspectos ya no tienen control psicológico sobre él, estos aspectos deben ser restringidos en sus poderes de influencia sobre la inteligencia y la voluntad del Hombre. Está entonces en su identidad, es entonces supraconsciente, está entonces a las puertas de la inmortalidad de su conciencia.

La crisis de identidad del Hombre no es más que el comienzo de su evolución, pues no sólo debe descubrir su identidad, sino también su posible vínculo con las fuerzas organizativas de la evolución. Este descubrimiento sólo puede hacerse cuando el Hombre ha integrado plenamente en su interior la energía de sus principios superiores con la de sus principios inferiores. Sus principios superiores son la inteligencia, la voluntad y el amor. Sus principios inferiores son el intelecto, la emoción, la vitalidad y el cuerpo material. Para que la identidad del Hombre sea cósmica, real, es decir, perfecta, debe nacer de nuevo, debe dejar de vivir de la memoria de sus principios inferiores, y empezar a vivir de la energía de sus principios superiores a través de sus principios inferiores.

Esta condición elimina en él la necesidad de ser, humanamente hablando, normal, para convertirse en supranormal, ordenado en su vida, de forma que se adapte a sus principios superiores armonizados con sus principios inferiores. Pero el paso de una conciencia a otra es tan tortuoso que el ser normal, o la conciencia normal, tiene dificultades para convertirse en "supranormal", porque lo frenan demasiados recuerdos, demasiadas influencias planetarias. Y por eso la supraconsciencia sólo puede llegar al Hombre con el tiempo, pues sólo el tiempo destruye la memoria, sólo el tiempo impide el reflejo del ego, sólo el tiempo eleva al Hombre a una conciencia cuya naturaleza está perfectamente armonizada en todos sus planos.

Como el Hombre está llamado a trabajar con otros Hombres, a los que llamamos inmortales, para perfeccionar el vínculo entre la Tierra y otros planetas, es necesario que comprenda y reconozca que su identidad es el pasaporte para estos encuentros, para estos vínculos bastante normales, pero supranormales.

Y es esta cualidad de "supra-normalidad" la que requiere que el Hombre emplee su energía en funciones distintas al ejercicio de una memoria subjetiva y racial.

La búsqueda de la identidad llevará al Hombre a la conquista de la materia y a la aplicación, en el plano material, de las fuerzas creativas que sólo puede generar una consciencia total e indivisa. Esta condición futura del Hombre lo predispondrá a retomar el control de la evolución de su biosfera y de las órdenes vinculadas a ella en el plano personal.

La crisis de identidad del Hombre moderno se intensificará con el tiempo entre los pueblos más civilizados, pues la dislocación psicológica creada por la tecnología y sus consecuencias será demasiado grande para el Hombre común, y le obligará a recurrir a otros caminos que se le presentarán a su debido tiempo para su evolución, y al descubrimiento de una realidad cósmica más cercana a él de lo que hoy puede imaginar. La crisis de identidad coincidirá, para el Hombre, con un acontecimiento importante en su vida, y de este acontecimiento surgirá su evolución futura.

Todo ser humano tiene, sin saberlo, una vibración que le une a lo invisible, y esta vibración puede, aunque no se dé cuenta al principio, alterar su psicología en profundidad para que reconozca, cada vez más, las profundas ilusiones de su realidad psicológica. La personalidad del Hombre es susceptible de sufrir un vuelco en cuanto pasa a un estadio más avanzado de la evolución, ya que en ese momento se ve obligado a reconocer por sí mismo que no es lo que creía ser. Y a partir de esta toma de consciencia se produce en él un proceso de mutación psicológica que le hace reconocer que hay más en la vida planetaria de lo que sus sentidos pueden hacerle reconocer en este momento.

La identidad del Hombre es necesaria en varios niveles. Primero, en el plano psicológico, para que reconozca que es un ser totalmente desequilibrado. En segundo lugar, en el plano vibratorio, para situarlo en un campo de energía armonizado con sus principios inferiores. Y, en tercer lugar, darle la posibilidad de darse cuenta conscientemente de la naturaleza de la vida, tanto en el plano material como en otros planos paralelos, para que cuando descienda al globo esté preparado para las fuerzas creativas que le harán descubrir las leyes de la materia y de la fuerza vital, descubrimiento que dará un nuevo impulso a la civilización actual que ya no podrá, en cierta medida, controlar las consecuencias de lo que habrá puesto a disposición del Hombre planetario e inconsciente.

Así pues, la crisis de identidad debe ser comprendida como un aspecto inevitable de la confrontación entre lo invisible y lo material. Ahora bien, esta confrontación ha sido teóricamente descartada por la lógica del Hombre. Tendrá que ser reconocida inevitablemente, en las épocas venideras, por el ser humano que habrá sido sacudido por los acontecimientos y transmutado por la energía que se le manifestará en las formas más insólitas de la experiencia humana.

El Hombre no puede ser perfectamente feliz si no ha descubierto su identidad, porque no puede estar seguro de la naturaleza de su ser y de la calidad de su vida. Así que no puede utilizar su voluntad real para dar a su vida el equilibrio que necesita para vivirla plenamente.

¿Por qué es tan difícil para el Hombre descubrir su identidad? Porque no tiene suficiente voluntad en su inteligencia ni inteligencia en su voluntad. De modo que sólo vive de acuerdo con sus sentimientos, más o menos reales, más o menos ventajosos. Si el Hombre pudiera reconocer de una vez la desventaja real de sus sentimientos subjetivos, se impulsaría por la vida, podría vivir según la energía creativa de su doble, en lugar de vivir pegado a la cola de su memoria egoica y circunstancial.

Pero el descubrimiento de la identidad sólo puede hacerse debido a la constante oposición del ego a la energía de su conciencia creativa, de modo que se le recuerda, se le demuestra, constante e incesantemente, que es mucho más de lo que piensa, y que está mucho más cerca de sí mismo de lo que se atreve o quiere admitir. De ahí la fascinación del Hombre consciente por su nuevo modo de vida, cuando se da cuenta de que la vida no comienza en la Tierra sólida, sino en los planos sutiles de su realidad. A partir de ese momento, a partir de este punto, la identidad del Hombre se hace cada vez más permanente, ya que no puede retroceder o tener la impresión de regresión. Solo puede descubrir, día tras día, que ya hace tiempo que era de otra manera.

La búsqueda de la identidad puede hacerse de muchas maneras, filosóficamente, espiritualmente, psicológicamente. Pero sólo puede ser definitiva en función de la integración total de los principios superiores e inferiores del Hombre. El tiempo no tiene medida aquí, pues está al servicio de la reorganización del Hombre, y se debe utilizar todo el tiempo necesario para que se concreten, en el plano mortal, las condiciones futuras del Hombre nuevo. Si el descubrimiento de la identidad finalitaria del Hombre está ligado a la aplicación de las leyes vibratorias, es para disuadirle de creer en una identidad espiritual que no es más que una ilusión del ego.

Si el estado vibratorio de la nueva conciencia del Hombre constituye la medida de su sufrimiento y de su acción creativa al mismo tiempo, es para recordarle que hay algo más en su identidad que el mero consuelo psicológico, filosófico o espiritual que puede proporcionarle su yo en evolución. La medida de su conciencia personal se hace cada vez más vasta y más inalcanzable, y luego cada vez más real a medida que ha aprendido a domar su interés por sí mismo, es decir, por un yo que todavía no está a la altura del yo real, un yo que todavía no es verdadero, porque todavía no es identificable con una fuente cósmica dentro de él y que es voluntad, inteligencia y amor, objetivos y universales.

Lo que dificulta el descubrimiento de la identidad es también la incapacidad natural de vivir sin un aparente derecho a elegir, condición que reconoce cada vez más cuando toma conciencia y aún no domina la energía que lleva dentro. Ahora bien, esta energía, que al principio intenta neutralizar, debe servirle. Pero antes de que él pueda utilizarla, ella le utiliza a él, y esta situación dura mientras él no vea a través de sus ilusiones. A partir de esta situación, el Hombre descubre su identidad a pesar de sí mismo, a pesar de haber reconocido que existe un todo, una unidad de acción y de conciencia que vincula al mortal con lo invisible y le da el poder creador de su identidad.

Si la identidad del Hombre se le diera sin este largo período de ajuste, no podría reconocer su importancia como Hombre, viviría sólo en una relación exigente entre la energía y él mismo. Esta sería una vida insoportable, pues el Hombre habría perdido de vista su importancia planetaria.

La identidad del Hombre debe ajustarse tanto a las leyes de su ser planetario como a las leyes de su conciencia universal, de lo contrario no puede operar en el plano material como un agente libre. Por lo tanto, será cada vez más importante que todos los que experimenten el contacto con su energía se den cuenta de que el polo del Hombre es un polo absoluto, como el polo del doble es un polo absoluto. De lo contrario, se producirá la disolución psicológica del polo humano, la pérdida total de la identidad real, sustituida por el fenómeno muy común de la posesión astral y planetaria invisible.

La identidad del Hombre es una nueva característica de la nueva humanidad. No puede ser alterada por una falsa identidad, que concierne las influencias planetarias. El interés del Hombre por su yo consciente es absolutamente importante para evitar que las fuerzas de baja vibración interfieran en la evolución y empleen estrategias dudosas y equívocas que puedan dar al Hombre la impresión de ser real. Cuando un ser humano es real, lo es para sí mismo y no necesariamente con respecto a los demás. Si los demás son reales, habrá unión de sus espíritus, de lo contrario la separación será inevitable con el tiempo.

La identidad no puede forjarse, manipularse, alimentarse o construirse desde los planos inferiores del Hombre, pues es el producto, en un principio, de la conciencia que surge del descenso a los planos inferiores de la energía creativa del ser cósmico en el Hombre. Cualquier influencia sobre el Hombre procedente de los planos inferiores de su conciencia planetaria, por muy oculta que sea, sólo puede levantar ante sus ojos un velo de ilusión que sólo la energía de su propia inteligencia, de su propia voluntad, puede destruir.

Si el Hombre pierde la conciencia de sí mismo a un nivel psicológico, no es para tomar falsa conciencia de sí mismo a otro nivel psicológico. ¿De lo contrario, para qué sirve la evolución del Hombre? Sólo tiene que pasar de una ilusión a otra. Por eso, cuando el Hombre descubre su identidad, debe experimentar, en algún momento de su vida, la experiencia del bambú que se resquebraja, la experiencia del nudo que se disuelve, que permite entonces vislumbrar su realidad más profunda, ni ligada a su psicología subjetiva, ni ligada a ninguna influencia planetaria, espiritual u oculta. La identidad del Hombre requiere un alto nivel de comprensión de su ego-realidad, es decir, de su ego-inteligencia.

La inteligencia del ego, cuanto más real es, más psicológicamente escurridiza es y más realizable es en la acción. El vínculo entre inteligencia y acción es de gran importancia, pues implica un desenganche psicológico, es decir, un desenganche emocional, subjetivo o astral. Es entonces cuando el ego transpone su realidad a lo material desde su fuente en el éter.

La identidad del ego es un fenómeno más o menos avanzado según la evolución del ego, de la estrecha relación entre el doble etérico y el Hombre. Cuando el ego descubre su verdadera identidad, su espíritu está en paz, es decir, la energía del doble está en armonía con sus principios inferiores.

El espíritu del Hombre es la totalidad de sus principios inferiores. Cuando sus principios están armonizados con el doble, el ego está en un estado avanzado de conciencia, de consciencia pura, porque ya no hay influencia planetaria o astral sobre él. A partir de este momento, el Hombre se descubre en su creatividad, en su inteligencia creativa, y reconoce la naturaleza de su identidad real. Es evidente que el ser humano, durante la involución, dejó de ser él mismo a medida que el contacto entre él y su ego-realidad, o su doble, tomó un giro inversamente proporcional a su inteligencia real. Por eso el problema de la identidad se ha convertido en el mayor problema de la humanidad.

Mientras el ego no pueda registrar en sí mismo la manifestación total de su doble, no podrá saberse (conocerse) como ser idéntico a sí mismo, porque no podrá distinguir entre la ilusión de su personalidad y la realidad de su persona. Es necesario que el ego descubra su persona y que su personalidad no sea más que la expresión, en el mundo, de su persona. La persona del Hombre es real, porque es idéntica en vibración al doble. La persona del Hombre es un poco como el contorno del doble, mientras que la personalidad del Hombre es la coloración de este contorno. Y si hay demasiada coloración, descubrimos una personalidad que impide que la persona se manifieste, de ahí el problema de identidad.

Las ciencias esotéricas han querido dar al Hombre una visión de su persona para permitirle salir de su personalidad, para investigar o palpar los aspectos ocultos de su persona. Pero no pudieron, porque no era el momento de hacer al Hombre consciente, en perfecta armonía con su doble, que está aún más oculto que su persona. Así que la búsqueda de la persona, más allá de la personalidad, creó un movimiento para el retorno del Hombre a su fuente. Pero el trabajo no estaba terminado. Para que el Hombre tome conciencia de su persona, el doble debe registrar en ella su impresión, su vibración, para que la persona esté totalmente ajustada a la personalidad, a fin de que el Hombre pueda descubrir su identidad.

Por eso los seres más avanzados sentirán en el futuro que las escuelas antiguas o las filosofías antiguas o los sistemas antiguos y esotéricos ya no son suficientes para él. Y es desde este punto que el Hombre se verá obligado a vivir solo la penetración de la energía del doble a través de la persona, para finalmente transformar la personalidad. Este movimiento de energía en el Hombre creará un vínculo entre el doble y el ego, y el Hombre descubrirá su identidad, entonces será creativo. A medida que la vibración del doble se hace más sutil y penetrante, el Hombre se convierte en creador.

Pero antes de convertirse en creador, tendrá que ser creativo. Porque la creatividad es la relación perfecta entre el doble, la persona y la personalidad, mientras que la creación es el poder del doble en el plano material. Pero para que el doble pueda actuar en el plano material, es necesario que el Hombre esté en su identidad, es decir, que reconozca su persona más allá de su personalidad y pueda vivir en perfecta armonía, como persona, con la energía poderosa y creativa del doble. Su personalidad, entonces, no es más que una manifestación de su persona. Y el ego ya no está prisionero de ella, es decir, ya no es astral en su inteligencia, porque cuando hay astralidad en la inteligencia del ego, su persona no puede manifestarse perfectamente, por lo tanto su personalidad es más o menos real.

Por esta razón, tiene dificultades para realizar su identidad, que es la relación entre estos tres aspectos de sí mismo. La identidad del ego corresponde más o menos a su conciencia personal, porque está constantemente sometido a pensamientos astralizados que no tienen poder. El pensamiento es poder, pero pierde su poder en cuanto la personalidad implica una pérdida de resonancia sobre la persona. Pues es a través de la persona que el pensamiento puede volverse activo y creativo. Y si el Hombre no logra vincularse a nivel de su personalidad con su persona, sus pensamientos, en lugar de ayudarlo a superar las ilusiones de la forma, tenderán a amplificar la forma. Y es este proceso en el Hombre lo que podemos llamar conciencia astral, o conciencia astralizada, o conciencia planetaria.

Ahora bien, la conciencia astralizada del Hombre pierde su poder sobre la personalidad cuando el ego pierde el gusto o el deseo de controlar su destino. Esto no es fácil para el ego, pues no se da cuenta de que lo que es no es más que una fabricación instantánea de su doble a través de su persona, a favor o en contra de su personalidad. Si la fabricación va a favor de la personalidad, el ego es feliz, si va en contra de la personalidad, el ego es infeliz. Mientras que el ego debe un día, simplemente sentirse bien con sí mismo, debe estar perfectamente en paz en su espíritu, perfectamente equilibrado con sus principios inferiores. El descubrimiento de la identidad del Hombre es un nuevo fenómeno evolutivo.

Se acerca el tiempo en que el Hombre de la Tierra ya no estará sujeto ni a las inteligencias del astral ni a las inteligencias del éter, por lo que así será perfectamente real. Y la fusión será entonces la marca del Hombre, y la inteligencia en él, su doble, estará en relación armoniosa con las inteligencias del éter. Mientras que las inteligencias del astral se verán obligadas, por su luz, a retirarse de él. Por ello, la magia negra dejará de ser el poder de la nueva raza raíz y la magia blanca será sustituida por la ciencia del átomo. Para que el Hombre se de cuenta y comprenda que su identidad no tiene relación con su personalidad, tendrá que reconocer que su ego es el único aspecto en él que puede bloquear esta realización.

Porque el ego, o está subyugado a la personalidad, o está cada vez más impresionado, vibratoriamente, por el doble que se opone a uno de sus aspectos reales, es decir, a la persona. Pero al ego no le gusta su persona, prefiere su personalidad, hasta que siente que su persona es inteligente, en el sentido siguiente. Si el ego siente que su persona es inteligente, pero sin personalidad, entonces empieza a vivir, a reconocer a su persona, y la energía del doble le apoya cada vez más en todos los niveles. Pero si en cambio siente que su personalidad es inteligente, está en la ilusión de su ser y pierde el contacto con lo más cercano a sí mismo, su persona.

Todavía hay en él demasiados velos, y el tiempo debe hacer un trabajo. La crisis de identidad del Hombre moderno no puede atenuarse, pues el ego de hoy se perfecciona en algunas partes del mundo a partir de la influencia vibratoria del doble. Pero esta crisis no es parte de la concientización de la Tierra en su conjunto, esta crisis es solo parte de la dislocación entre el ego y sus aspiraciones más profundas que puede reconocer y devolver a su realidad. Si hablamos de la crisis de identidad, hablamos de ella ocultamente, es decir, trabajamos primero a partir de una capa de conciencia llamada espiritual, para llevarla a una conciencia supramental y supranormal, para que el éter de la Tierra sea alimentado por el éter del Hombre.



CAPÍTULO 4

EL PLANO ASTRAL CP-006

El plano astral es una capa de energía que forma parte de la conciencia de todos los seres en evolución que han superado la etapa animal de la evolución. Este plano de energía contiene propiedades particulares que le dan la calidad de representar, en el mundo de la conciencia, una amplia gama de imágenes creadas en la experiencia por los seres en evolución. Estas imágenes infinitas son la base con la que estos seres interpretan el mundo invertido de la materia.

En esta capa de conciencia, la relación entre la luz y las fuerzas de la gravedad del cosmos está totalmente suspendida. De modo que la gravedad que sirve en el universo para mantener unidos los mundos no tiene ningún poder. Y esta falta de poder de la gravedad en el mundo astral, o en lo que se llama "el plano astral", permite crear, o ser reconocido como siendo un mundo de imaginación donde existen todas las posibilidades, y donde todas las realidades están condicionadas por la experiencia adquirida.

Este plano de energía es extremadamente importante para la evolución, porque sirve de almacén para todas las formas de experiencias emocionales y mentales, recolectadas por una humanidad que necesita, en su evolución, todas las categorías de experiencias para explicar al espíritu del Hombre, al ego, los valores simbólicos de su experiencia.

El mundo astral no es un mundo real, sino un mundo que contiene todas las posibilidades de la realidad. Aclaro: las posibilidades de la realidad son las probabilidades programadas en los planes de vida del Hombre, tanto en el futuro como en el pasado, para permitirle interpretar lo mejor posible los diferentes aspectos de su vida, en relación con los datos que se le imprimen en la mente inconsciente cuando está dormido. Esta impresión en la mente inconsciente, cuando el Hombre está en estado de sueño, cobra vida durante el día cuando utiliza sus emociones y pensamientos para crear un mundo imaginario necesario para la supervivencia psicológica de sus deseos.

El plano astral es una amplia gama de posibilidades que contiene todas las condiciones posibles e imaginables que un Hombre necesita para eventualmente conquistar las lejanas alturas de la conciencia mercurial. Esta conciencia mercurial aparece en nuestro sistema humano cuando el Hombre ha desarrollado suficientemente su cuerpo mental para poder resintonizar la inteligencia natural de su conciencia animal con los datos de una evolución superior, que le son necesarios para progresar en las grandes escuelas del cosmos, cuando haya terminado su supervivencia en la Tierra física y material. El plano astral tiene una función definida en el Hombre, que es la de darle el alimento necesario para determinar en sus estados de sueño las diversas aplicaciones de su vida cotidiana cuando esté despierto.

El plano astral es generalmente mal concebido por el Hombre, porque el Hombre sólo lo ve desde el punto de vista humano. Ahora bien, el punto de vista humano sobre este plano de energía es un punto de vista que ya está astralizado. Es decir, el punto de vista humano ya está coloreado por el hecho de que el Hombre pertenece al astral y todavía vive a nivel de la conciencia astral, tanto estando despierto como en el sueño.

Cuando el Hombre haya conquistado las alturas de la conciencia mercurial, comprenderá que la conciencia astral ya no es necesaria. Porque esta conciencia contribuye a la disminución del poder mental en el Hombre y sirve a una etapa de su evolución que está a punto de terminar.

Uno de los aspectos interesantes de la conciencia astral en el Hombre es que puede servir tanto a los seres de las regiones oscuras como a los seres de las regiones luminosas. Esta dualidad del astral está a la raíz de los muchos problemas psicológicos y filosóficos que el Hombre experimenta. Y sólo mediante la destrucción de esta dualidad el Hombre podrá finalmente comprender la infinitud del pensamiento universal y dejar, de una vez por todas, de buscar cualquier infinitud en sus experiencias espirituales.

El astral para el Hombre, especialmente para el Hombre venidero, es un mundo que carecerá de sentido porque ese mundo habrá dejado de ser útil al Hombre nuevo. El astral será un mundo sin sentido porque la perfecta contemplación del mundo mental, vivida por el Hombre nuevo, le permitirá proceder tan rápidamente hacia o por las vías de la luz, que todo lo astral representará para él un afecto que lo ligará al pasado involutivo de su experiencia.

El plano astral hoy está tan lleno de seres de todo tipo, de formas de todo tipo, y las energías manifestadas por estos seres y formas están tan contaminadas por la experiencia anterior del Hombre, que el Hombre del futuro ya no podrá usar este material.

Este material será reciclado, y cualquier propiedad que posea hoy será reinventada, es decir, nuevas formas serán creadas con la energía de la memoria de este material. La organización material del plano astral ya está siendo sacudida en sus cimientos por las actividades de algunas grandes almas, que trabajan en los planos invisibles y paralelos a nuestro mundo material. Estas grandes almas conocen las leyes de los mundos y han estudiado desde hace muchos años los diferentes modos de distribución, difusión y reciclaje necesarios para la terminación de la función puramente planetaria de esta capa de energía que se llama "el astral"

Uno de los aspectos más curiosos de la consciencia astral es que en este mundo o en este plano hay dos formas de realidad. Una forma que es buena y otra que es mala. Lo más extraordinario es que las formas malas del plano astral son las formas buenas, y las formas buenas del plano astral son las formas malas.

Lo que os digo os sorprenderá y sorprenderá a mucha gente, lo comprendo, pero atentos a esto: si alguno de vosotros tiene la facultad de salir en astral, haced la siguiente prueba: ¡Primero, salid en astral y después, una vez que tengan la experiencia suficiente para permanecer allí durante un período de tiempo suficiente - como 25 o 30 minutos - empiecen a gritar mi nombre! Así que, como os digo, gritad mi nombre en astral con todas vuestras fuerzas, y veréis que el grito de mi nombre en ese plano os traerá de vuelta directa e inmediatamente a vuestro cuerpo material. ¿Por qué? Porque en el astral, una persona que grita mi nombre conscientemente recibe automáticamente una impresión en su cuerpo mental que le fuerza a volver al cuerpo material, para limitar su experiencia y no obstaculizar su evolución.

Puesto que el Hombre es multidimensional y que el Hombre trabaja en varios planos al mismo tiempo, cualquier Hombre que, en el plano material, pueda controlar la energía de su supramental, puede también, en los otros planos, controlar la evolución de los seres que están allí. Y es debido a esta situación, a este poder si lo prefieren, que algunos Hombres ayudan a la evolución de la humanidad.

Cuando hablo del plano astral, hablo de un mundo que sirve al Hombre mientras éste sea prisionero de la gravedad planetaria del planeta donde evoluciona, pero este mundo ya no sirve al Hombre que se libera de la gravedad planetaria donde evoluciona. Esto significa que cualquier Hombre que pueda generar en sí mismo la energía de su conciencia supramental, es capaz a voluntad de retrasar la evolución dinámica de los seres sobre el plano astral, para obligarlos a cesar toda actividad sobre ese plano. Y estos seres, con los que trabaja en esta dirección, pertenecen automáticamente al mismo grupo evolucionario del planeta al que este Hombre está vinculado.

Es muy importante comprender los aspectos ocultos de la evolución astral, y no confundir la experiencia astral de la que se habla con la experiencia dinámica de la conciencia astral de la que algunas personas sufren inconscientemente.

Mucha gente cree que el viaje astral es un beneficio para el Hombre. En cierto sentido esto es cierto, mientras que el Hombre tenga imaginación y mientras siga utilizando su inteligencia para cultivar, en el plano material, la experiencia astral vivida. Pero el Hombre aún no comprende, porque este conocimiento aún no ha sido revelado, que el plano astral es en realidad un océano. Un océano que tiene la misma función en el plano cósmico que la que tiene el océano en el plano material. Pues la función de un océano en el universo es generar la fuerza suficiente en el plano donde se encuentra para obligar a todos los ciclos de evolución de ese plano a volver a él un día.

Lo mismo ocurre con el astral. El astral está hecho de tal manera que obliga, sin que los Hombres se den cuenta, a todos ellos a volver un día a una conciencia inferior. Porque todas las corrientes del astral, todas las formas en el astral, sean buenas o malas, son directamente afectadas por lo que se puede llamar "las fuerzas del tiempo". Ahora bien, las fuerzas del tiempo son corrientes de energía muy poderosas que impiden al Hombre entrar en la luz y que lo mantienen preso en sus ilusiones. Observen que las ilusiones son extremadamente importantes en el funcionamiento del universo, porque poseen la gravedad necesaria para engendrar en los planos inferiores fuerzas suficientes para contener lo que ustedes llaman "el tiempo humano".

Pero cuando el tiempo humano es destruido, cuando la conciencia del Hombre, habiéndose vuelto supramental, ya no está en el tiempo, todas las fuerzas del astral se vuelven impotentes, y la gravedad de ese mundo deja de ser activa dentro de su mente. De modo que este Hombre, liberado del tiempo, es propenso a no volver jamás al astral. Es decir, a no morir nunca de muerte negra.

Cualquier forma de inmortalidad en los mundos en evolución requiere que los Hombres estén totalmente libres de las corrientes del astral. Y como las fuerzas, que llamáis del mal, trabajan en la dirección de la dominación, el mundo astral es para estas fuerzas un mundo, o más bien un almacén, donde encuentran todo el material que necesitan para retrasar el momento en que el Hombre entrará en la luz, libre del tiempo psicológico humano y capaz, con sus propias fuerzas, de luchar contra las corrientes o fuerzas que evolucionan en el mundo astral.

Es evidente que lo que está en juego en el mundo astral, visto desde un punto de vista cósmico, es muy vasto y muy grande, y de muy gran importancia para la involución o la evolución de la humanidad. Como los Hombres piensan, no tienen apoyo en sus mentes para romper todos los lazos con este plano de energía, utilizan este plano para hacer experimentos de los que salen más o menos aventajados, según piensen de una manera u otra.

La experiencia astral para el Hombre ha sido una fase importante en su evolución porque le ha permitido comprender ciertas cosas sobre la naturaleza de otros mundos. Pero los otros mundos no son necesariamente la realidad. Estos mundos forman parte de la organización material de toda la energía decadente del universo, creada desde el movimiento de las inteligencias luciferinas hacia el espacio absoluto.

Lo que el Hombre debe comprender es que el astral, aunque sea una fuente de experiencias valiosas para él, es también, por la misma razón, una fuente de enredos que pueden reducirlo fácilmente a un prisionero del tiempo. Ahora bien, si el Hombre ha de penetrar en la luz, si el Hombre ha de ser libre, si el Hombre ha de poder utilizar las energías del alma y transmutar la energía de los planos según deba construir o destruir, se hace necesaria su comprensión mental, es decir, su comprensión pura de la función de estos planos.

Algunas personas me dirán: "Sí, hemos estado en el astral, hemos hecho el viaje del alma, hemos tenido experiencias muy importantes, hemos visto cosas hermosas. Estoy totalmente de acuerdo. No se trata de eso. El punto es que el mundo astral, el plano astral, la consciencia astral, cualquiera que sea su virtud, cualquiera que sea su valor o importancia en su vida personal, representa en el plano cósmico, representa en relación con las grandes escuelas mercuriales, un punto en la evolución del cosmos en el que la materia mental inutilizable debía acabar.

Ahora bien, el plano astral, el mundo astral - llámenlo como quieran - es un mundo de rechazo, es un mundo de imperfección, e incluso las cosas más perfectas, las experiencias más perfectas que puedan encontrar en este mundo, son parte del rechazo, de la basura, que proviene del plano mental. Esta es una afirmación categórica que os hago, y no es para hacer tambalear vuestra confianza en vuestras experiencias astrales de alto valor espiritual que digo esto. Simplemente expongo los hechos tal como son. El mundo astral, desde el más bajo hasta el más alto, representa los desechos del plano mental.

Cuando hayan comprendido esto, pueden someterse, si lo desean, a otra experiencia: Vuelvan al plano astral, permanezcan allí durante un período bastante largo, y contemplen en ese plano lo que, para ustedes, es de más elevada vibración. Y luego pídanle a vuestro espíritu que les haga ver la luz del Este, y verán que todo lo que hay en el astral donde ustedes se encuentran desaparecerá y sólo quedará ante ustedes esta luz del Este.

Eso significa dos cosas. Significa que el plano astral, ya sea hermoso o menos hermoso, representa una dimensión categórica de la realidad mental. Y que esta dimensión categórica de la realidad mental está sujeta a un paro temporal instantáneo tan pronto como se enfrenta con la luz de esta categoría mental.

La experiencia que hay que adquirir aquí es la que nos permite concebir, de una vez por todas, que el mundo astral es un mundo que sólo puede ser dominado por la luz cuando el Hombre es consciente de esta ley. Y cuando el Hombre es consciente de esta ley, el poder de la luz que emana de su mente superior es tan grande que el mundo astral deja, temporalmente, de existir para él. Y si deja de existir para él, puede dejar de existir para toda la humanidad. Puede cesar para toda una raza, para todo un planeta, puede cesar para toda una galaxia. Y cuando este mundo deje de existir, las fuerzas que lo utilizan para retrasar la evolución del Hombre ya no tendrán ningún poder sobre él. Porque el mismo Hombre ya estará fuera de este plano.

Cuando en los seminarios les digo que no crean nada, es aquí, en un caso en el que la experiencia es inevitable, donde uno debe saber y comprender lo que significa "no creer nada". Hablando ocultamente, "no creer nada" significa nunca verse afectado emocionalmente o mentalmente por ninguna forma, cualquiera que sea la forma. Solo cuando ya no se vean afectados por ninguna forma podrán, con la mayor facilidad del mundo, moverse en el mundo mental y reconocer los aspectos más abusivos de todos los mundos inferiores sobre la conciencia del Hombre.

Y es entonces cuando comprenderéis por qué toda iniciación que lleve al Hombre a confrontar su realidad interior con su realidad psicológica debe imponerle la experiencia total de la duda y la experiencia total del aislamiento psíquico, porque solo en esta situación, bajo esta condición, el Hombre es capaz de deshacerse de una vez por todas de los poderosísimos vínculos que existen entre el astral y él.

Cuando, en el astral, veis almas que van de aquí para allá, lo que veis es sólo el recuerdo de esas almas, no son las almas mismas. Porque si vieras a las almas mismas, automáticamente serías forzado a penetrar en sus secretos, porque las almas no tienen barreras entre ellas. No tienen secretos entre ellas. Así que si estáis en el astral y las almas parecen estar pasando y parece haber individualidad y la gente se habla más o menos, que sepáis una cosa, que lo que veis no son las almas, lo que veis es el recuerdo de las almas.

Cuando realmente veáis un alma, estaréis en esa alma y esa alma estará en vosotros, seréis parte de ella como ella será parte de vosotros. No habrá división y esa es la mejor manera, esa es la manera más segura de saber si estamos en un plano, o si estamos en otro. Es tan real lo que les digo, que si un alma no tuviera el poder de estar en otra alma y viceversa, el amor no existiría en el mundo.

Porque el amor en el mundo proviene del hecho de que todas las almas son creadas de la misma esencia y comparten el mismo amor. Es decir, todas las almas comparten el mismo vínculo. Ahora bien, si todos comparten el mismo vínculo, es obvio que si se encuentran, deben estar totalmente en la misma esencia, en la misma memoria, en el mismo entendimiento.

Pero el Hombre no tiene todavía el poder de discernir entre la memoria del alma y el alma misma. Y como el Hombre nuevo tendrá el poder de utilizar las energías del alma y de ver el alma, es obvio que cualquier experiencia astral para él será imposible. Porque el alma no puede vivir del éter astral, se ve obligada a sustituirse, y esa sustitución es su memoria.

Hay constantemente errores en el esoterismo occidental y en el esoterismo oriental, porque el esoterismo en el planeta Tierra es una filosofía, una filosofía experimental. Y toda filosofía experimental procede de la experiencia. Pero la experiencia no es absoluta, sino siempre relativa. Porque toda experiencia se hace, se vive, dentro de una forma. Sólo cuando el ser se encuentra en un estado totalmente libre de la forma que puede tratar la relatividad de las experiencias y proyectarlas contra una versión preexperiencial, prepersonal, de la realidad.

Siempre que el Hombre tenga que aprender, estará sujeto a las leyes de la experiencia. Mientras se vea obligado a ajustarse a las formas de esa experiencia, su conocimiento se verá afectado por ella. Por eso suelo decir que el conocimiento es una ilusión. No porque el conocimiento no sea bueno, sino porque el conocimiento es parte del tiempo. Mientras que el saber (la sabiduría) está fuera del tiempo. La sabiduría no pertenece a la forma, por lo que el Hombre, con su intelecto, no puede apropiarse de ella.

Así como el conocimiento es reducible, el saber es irreducible. Si el saber quiere penetrar en el misterio de los misterios, tiene el libre albedrío de hacerlo, ya que el saber es en sí mismo el misterio del conocimiento, no en su manifestación, sino en el origen de su manifestación. Y es en el origen de la manifestación del saber donde se encuentran todos los diferentes modos de evolución del conocimiento. El conocimiento es temporal, el saber es eterno, no tiene tiempo, es parte de la luz.

Así que recuerden que el plano astral, mientras lo utilicen, forma parte de una experiencia personal. Pero no es a partir de esta experiencia personal que podrán generar en ustedes la energía necesaria, la luz necesaria para estar en la sabiduría (el saber). ¡Este plano siempre les dará una razón más para experimentarlo! Este plano siempre les dará una razón más para conocer otros aspectos del mismo. Pero no son estos aspectos ni estas experiencias los que les permitirán generar la luz suficiente en el plano material en el que viven para comprender, de una vez por todas, que no hay nada que comprender.

Es en la sabiduría que podrán darse cuenta de que los mundos inferiores al alma son mundos que el alma utiliza para la evolución del ego, es decir, para la evolución de su memoria, es decir, para la comprensión dinámica de los mundos inferiores a la que sólo tienen derecho a través de la experiencia del ego.

El alma es contemplativa, evoluciona pero es contemplativa, no busca comprender. El ego en cambio no es contemplativo, es progresivo, debe evolucionar y su evolución sirve al alma, porque la memoria, que es la acumulación de todas las formas de experiencia, se convierte en material de construcción en los mundos de luz. La experiencia se convierte en material de construcción para los mundos inferiores en evolución. Ahora bien, cualquiera que sea vuestra experiencia en el plano astral, esa experiencia estará siempre en relación con los residuos emitidos desde los planos superiores, que han utilizado la experiencia del ego para la construcción de mundos más avanzados, más perfectos.

He dedicado esta cinta a algunos de ustedes que se interesan por lo oculto y que se interesan por estas experiencias en el plano que ustedes llaman astral, para darles otros puntos de referencia a los que volveré más tarde a medida que progrese con ustedes en la explicación de los misterios.

Así que lo que hay que saber sobre el astral son estos tres puntos: primero, el astral es un mundo o plano que es el vertedero de todas las formas que vienen del plano mental, aquellas formas que ya no sirven en el plano mental, porque son demasiado imperfectas. En segundo lugar, el astral es una versión imaginaria e irreal del mundo del alma. En tercer lugar, este plano permite al Hombre acceder más fácilmente, a nivel de su imaginación y de su inteligencia material, a aspectos de lo invisible que le sirven temporalmente de refugio en su movimiento cada vez más elevado y cada vez más hacia la evolución.

Por eso, si van al astral y les dan planos de trabajo, sepan una cosa: que esos planos de trabajo también forman parte de su experiencia astral. Los planos son reales y sus actividades en relación con estos planos les permiten, poco a poco, desarrollar ciertos vínculos con inteligencias en esos planos. Pero los lazos que desarrollen con esas inteligencias tendrán que cesar un día, porque esas inteligencias también habrán sido conducidas más allá de las funciones de su deber para llegar a la realización de los atributos más perfectos de la conciencia mercuriana, ella misma en evolución.



CAPÍTULO 5

EL ESPÍRITU CP-010

Hasta que el Hombre no se dé cuenta de la naturaleza más profunda de su pensamiento, hasta que no se dé cuenta del poder de comunicación con los planos superiores, hasta que no se comuniqué inteligentemente con el origen de su pensamiento, hasta que no conozca la mecánica de su pensamiento, le será imposible comprender lo que significa la palabra "espíritu". ¿Y si no comprende la naturaleza de la palabra "espíritu", si no comprende la esencia del espíritu, cómo podrá generar en su vida luz suficiente para comprender su vida y apreciar su valor real, tanto su valor presente como su valor futuro?

El Hombre debe desprenderse de sus concepciones psicológicas de la inteligencia si quiere alcanzar, un día u otro, una mayor o menor comprensión de la realidad de su propio espíritu, de su propia vida y de su propia inteligencia. El espíritu no es sólo una concepción filosófica, el espíritu es una realidad que se coordina con las actividades del Hombre y que engendra en su inteligencia una suficiencia, es decir, un poder de comprender su propia evolución, su razón de ser y el futuro que se desarrolla ante él.

El espíritu es una fuerza, una fuerza inteligente, el espíritu es inteligencia. Y cualquier relación entre el Hombre y el espíritu se convierte en una relación de comunicación que permite al Hombre autodeterminar su vida y dedicar sus energías a un proceso creativo vital, que le lleva adonde debe ir, y no adonde le empujan los acontecimientos existenciales de una vida inconsciente y mecánica.

La importancia para el Hombre de comprender la ley de toda comunicación con el espíritu, fundada en la inteligencia de su espíritu, en relación con la inteligencia del espíritu con el que se comunica, es la piedra fundamental sobre la que debe construirse toda concepción eventual de la realidad. Sin esta piedra fundamental, el Hombre agota rápidamente sus fuerzas y contribuye a la continuidad de la alienación entre él mismo y el cosmos invisible.

Es inútil que el Hombre busque mediante fórmulas prácticas, espirituales o filosóficas los atributos del espíritu, ya que el espíritu sólo genera en el Hombre la inteligencia que el Hombre está dispuesto a recibir. Y esta inteligencia que está dispuesto a recibir se mide siempre en la escala de la personalidad humana y en conjunción con el plan de vida de tal o cual Hombre.

Pero ya no es la calidad o la grandeza de la inteligencia lo que se vuelve importante cuando el Hombre está en comunicación con el espíritu y su espíritu aprende poco a poco a descubrir, sino la calidad de su inteligencia, la profundidad de esa calidad y la virtud misma de la inteligencia de esa calidad. De modo que cualquier Hombre, cualquiera que sea su plano de vida, poseyendo la inteligencia del espíritu, puede fácilmente ponerse de acuerdo con otro Hombre, cuyo plano de vida puede ser más amplio y cuya inteligencia puede ser más amplia, pero cuyo origen es del mismo linaje, es decir, de las fuerzas de la luz.

La universalidad del Hombre, la universalidad de los Hombres, está representada por la conciencia del espíritu en el Hombre. Y cualquier relación entre las fuerzas de la luz y la inteligencia del Hombre sólo tiene calidad en ausencia de las diferencias intelectuales que las personalidades están dispuestas a atribuir a la inteligencia universal.

La carga del error humano se basa en la concepción de la inteligencia del Hombre, según la expresa su personalidad cultivada y condicionada por la tradición. Cuando en realidad la inteligencia humana, cualesquiera que sean sus virtudes o cualidades, esconde detrás de ella un cuadro en el que se inscribe la inteligencia universal. Pero, por desgracia, este cuadro... (corte).

Porque precisamente el Hombre - preocupado por su conocimiento, y sin haber sabido reconocer la escritura en el cuadro - se niega a ver en ella una pre-personalidad. De modo que, con el tiempo, es propenso a glorificar su inteligencia y a atribuirse todos los aspectos de esta inteligencia sin reconocer el soplo invisible. Con el tiempo, la conciencia del soplo invisible desaparece y el Hombre se sumerge de cabeza en sus preconcepciones erróneas del mundo real e invisible.

El Hombre debe aprender a coordinar la naturaleza de sus pensamientos con el origen inteligente de sus pensamientos. De modo que si sus pensamientos le parecen como no surgidos de él, debe hacer balance en el instante y reconocer que una inteligencia distinta de la suya le insufla esos pensamientos, para dirigirle en el proceso filosófico de su vida.

Pero si el Hombre no está dispuesto a reconocer, o no es instruido en el reconocimiento de esta realidad, es obvio que nunca podrá alcanzar la plena conciencia de sí mismo y, con el tiempo, darse cuenta de lo profundo de su realidad. No se trata de que el Hombre quede atrapado en el juego de todos los pensamientos que pueden penetrar en su mente, sino de darse cuenta de que de esos pensamientos, algunos proceden de una inteligencia superior que vela por él y lo guía en su evolución.

Ya este primer paso bastará para llevarle, poco a poco, a dejar de lado el flujo incesante de inteligencia, o de pensamientos inteligentes o poco inteligentes que pasan por su espíritu y tratan de crear confusión en él. El Hombre, siempre inquieto por su espíritu, por su orientación, se ve obligado a padecer durante cierto tiempo una especie de confusión que resulta precisamente del hecho de que aún no se ha establecido la limitación o delimitación entre la inteligencia universal en él y las formas de inteligencia planetaria creadas por él a lo largo de los años. Es la falta de delimitación entre la inteligencia interior y el Hombre lo que hace que este último viva una vida confusa a medida que toma cada vez más conciencia del origen de sus pensamientos.

Ahora bien, la confusión es un estado esencial que forma parte de la etapa de reestructuración de su mente inferior para el desarrollo de la mente superior dentro de él. Las leyes del espíritu son simples, pero la energía que el espíritu transporta, cuando penetra en la mente inferior del Hombre, es inusual en la experiencia pensante del Hombre. Y por eso este último puede vivir un período en el que una cierta confusión se establece en su mente. Pero esta confusión es siempre proporcional al apego personal que tiene a sus pensamientos.

Puesto que todo pensamiento es una forma, y toda forma de pensamiento, no transmutada, contiene en sí misma una calidad emocional directamente relacionada con la experiencia humana. Es obvio que el Hombre, neófito en su experiencia, debe vivir su realidad según la estructura propia de su mente inferior.

El condicionamiento del Hombre es tan vasto, tan matizado, que sólo con el tiempo aprende a discernir, detrás de sus pensamientos, en la jungla de sus pensamientos, otra forma de pensamiento, que emana de un centro superior de sí mismo y que sirve para esclarecer el amplísimo campo de su experiencia pensante. La actualización en él del pensamiento objetivo, del pensamiento universal, le revela con una certeza estremecedora que el campo del pensamiento está sujeto a la forma y que mientras el Hombre esté sujeto a la ilusión de esa forma, no puede estar en contacto con la inteligencia universal.

El Hombre debe llegar a ser libre en su pensamiento, es decir, su pensamiento debe surgir del núcleo interior de sí mismo, ser totalmente personal y no el resultado de ningún condicionamiento. Sin este poder de pensamiento personal, que es al mismo tiempo pre-personal, el Hombre es incapaz de situarse en la vida frente a su propia realidad interna. Se ve obligado, por este mismo hecho, a situarse frente a una realidad que no es la suya y que debe necesariamente prevalecer sobre sí mismo, porque está creada de la nada por las conciencias colectivas de la sociedad o de la civilización.

¿Cómo es posible que el Hombre se encuentre a sí mismo, que se encuentre cara a cara con él mismo, si no es capaz de captar en su seno el hilo cada vez más tenue de sus pensamientos más personales? Esta es la razón por la que la conciencia supramental, o el contacto del Hombre con la inteligencia universal, es el fundamento mismo de la libertad individual del Hombre y el refugio de su libertad personal. No es lo universal en el Hombre lo que crea la "insatisfacción", la culpa, el error, la estupidez, sino la inteligencia del Hombre paralizada por pensamientos, por sentimientos que no nacen en lo más profundo de él mismo, sino más bien en las capas condicionadas de su mente.

Nos resulta difícil comprender, captar, la increíble posibilidad que tenemos de servirnos, de vivir en relación con la inteligencia supramental, que busca, por todos los medios, penetrar en nuestra conciencia. Recorremos toda una vida bajo un techo creado de la nada por las opiniones de los demás, por los pensamientos de los demás, y a menudo cogido por los errores de los demás, que nos vemos obligados a aceptar, porque no tenemos alternativa personal. En otras palabras, no usamos nuestra inteligencia interna o supermental. Y lo que nos paraliza en el uso de nuestra inteligencia supramental es precisamente el temor que tenemos de comunicarnos con los planos de los que procede esta inteligencia.

Porque se nos dice, se nos confirma, que toda comunicación en nuestro interior es infantil o alienada. Que algunas comunicaciones sean alienadas o alienantes es algo evidente. Pero cuando el Hombre comprenda las leyes del espíritu, le resultará fácil reconocer los mecanismos de la alienación. De modo que muchos de los que sufren de comunicación con otros planos, que retrasan su evolución y crean confusión en sus mentes, podrán ser aliviados de su aflicción.

Pero la alienación del Hombre no es común entre las personas que buscan el conocimiento, la sapiencia filosófica o la comprensión de sí mismos. El Hombre no tiene por qué temer la infinitud de su propio espíritu, ni tampoco temer la inteligencia universal que busca ligarse a su espíritu para esclarecerlo y hacerle sentir su propia infinitud.

La ciencia de la psicología es una ciencia relativamente nueva. La importancia de esta ciencia se hará evidente a medida que el Hombre descubrirá el poder de su espíritu. Pero el poder de su espíritu siempre estará relacionado con las fuerzas crecientes de su inteligencia, y su inteligencia crecerá a medida que su espíritu sea, cada vez más, esclarecido por el espíritu universal que dirige la evolución.

A partir de ese momento, la psicología del Hombre será una ciencia profunda, maravillosa, engendrando en él el conocimiento total de su ser y la realización profunda de sus vínculos con los planos invisibles que dirigen la evolución. El Hombre ya no puede seguir obrando solo, prisionero como está de la materia, del espacio y del tiempo. La parapsicología abrirá cada vez más las puertas a lo que hoy es insondable, y la psicología tratará de integrar en sus estudios el misterio del Hombre, de todo lo que está más allá de los sentidos, más allá de lo sensorial, más allá de lo lógico, es decir, de lo que es y de lo que emana de la realidad espiritual del Hombre.

Aquellos que por alguna razón tienen la oportunidad de comenzar a estudiar a nivel personal, la naturaleza de sus pensamientos, el origen de sus pensamientos, y comparar instantáneamente sus pensamientos verdaderos con sus pensamientos subjetivos, serán automáticamente los pioneros de una psicología personal, intuitiva y supramental.

El declive de la inconsciencia, en un cierto número de Hombres, sólo puede tener como resultado el crecimiento de la consciencia supramental y de la comunicación entre el Hombre y los planos invisibles. Esto es inevitable dada la realidad misma del estado de espíritu engendrado por el vínculo entre el espíritu del Hombre y la consciencia supramental, tal como es manifestada por un ajustador del pensamiento.

Le será útil saber y comprender que cualquier contradicción que surja en su espíritu con respecto a las palabras o ideas que emanan de la conciencia supramental proviene de la incapacidad del intelecto humano para absorber los matices del espíritu y engendrar instantáneamente en la mente inferior las vibraciones que caracterizan esos matices.

El hablar, la palabra no es sólo una forma, sino una energía dentro de una forma. El intelecto se apega a la forma, cuando el espíritu despierto recibe la energía en la forma. Un espíritu despierto puede percibir todas las formas y sutilezas de la energía y liberarse así de la carga de las influencias creadas por las contradicciones aparentes, cuando la palabra utilizada por el espíritu sirve para transportar su energía.

Mientras el espíritu del Hombre no está despierto, mientras la conciencia no es suficiente y reina el intelecto, el Hombre es incapaz de separar la realidad de la impresión vibratoria de la impresión intelectual creada por la aparente distracción de su espíritu verdadero contra su inteligencia racional, lo que conduce a una contradicción. La contradicción no existe en el espíritu. Es un producto de la inteligencia humana, incapaz de recordar perfectamente la grandeza y la profundidad del pensamiento que le anima. Por eso es tan fácil para el espíritu supramental frustrar constantemente al intelecto humano, fosilizado, rigidizado por la forma, en vez de ser dilatado, flexibilizado, por la energía de la forma. En otras palabras, el intelecto humano debe convertirse en un zapato cuya textura esté hecha de cuero suave, en lugar de un cuero endurecido por el uso.

La contradicción está en la raíz misma de la falta de entendimiento entre un Hombre que está en el espíritu y un Hombre que está fuera del espíritu. La contradicción sirve al Hombre fuera del espíritu, en la medida en que le permite creer que puede o debe competir con los conceptos expuestos por el Hombre que está en el espíritu. Pero el Hombre que está en el espíritu nunca está en estado de rivalidad, establece los hechos tal como le son presentados por el espíritu, a fin de arrojar la mayor claridad posible sobre la inteligencia de las cosas, para la evolución del intelecto humano.

Si el intelecto humano intenta comprender lo que el espíritu quiere transmitir, simplemente utilizando palabras, la forma de las palabras, entonces vivirá un fracaso. Porque el espíritu está en la energía que sustenta la forma, no en la forma. Como dice la tradición: "*La letra es la letra, pero el espíritu de la letra es el espíritu de la letra*". Se puede cambiar la letra, pero nunca el espíritu de la letra.

En cambio, el intelecto humano que trata de sentir lo que hay en la forma, lo que se dice detrás de lo que se oye, flexibilizará su inteligencia de la forma y, poco a poco, llegará a captar lo que quería que se dijera, en lugar de captar lo que quería oír. Nunca hay contradicción en el espíritu, porque el espíritu es universal, el espíritu está unido por su propia naturaleza. Mientras que el intelecto se ve obligado, por su comportamiento, a dividir, comparar, establecer categorías, a fin de diversificar lo que cree que es conocimiento para llegar, en un momento dado, a una suma que le permita creer que reina como señor. Por eso el intelecto es orgulloso ante al espíritu y se queja de la contradicción que parece emanar del espíritu.

Pues bien, no busquen la contradicción en el espíritu, busquen la contradicción en su inteligencia. Busquen el defecto en su inteligencia que es la base de la contradicción, y verán que el espíritu es puro, que el espíritu es pre-personal, que el espíritu está más allá del intelecto del Hombre y que sirve para esclarecer, para arrojar claridad sobre la disposición de la inteligencia humana. Así, se alegrarán de oír los propósitos del espíritu, ya que éste se convertirá para ustedes en una fuente constante y permanente de comprensión y de real discernimiento.

Como el intelecto humano aspira a glorificarse a sí mismo, la búsqueda de la contradicción es para él algo parecido a la cacería que un Hombre lleva a cabo contra la presa. Armado con una herramienta hecha a la medida de la grandeza de su intelecto, mata a una presa hecha a la medida de la grandeza de la vida, y cree que ha tenido la supremacía sobre la vida. No es el espíritu el que distorsiona la realidad, sino la inteligencia humana que es incapaz de recibirla. Así, se acusa al espíritu, cuando en realidad deberíamos acusarnos a nosotros mismos.

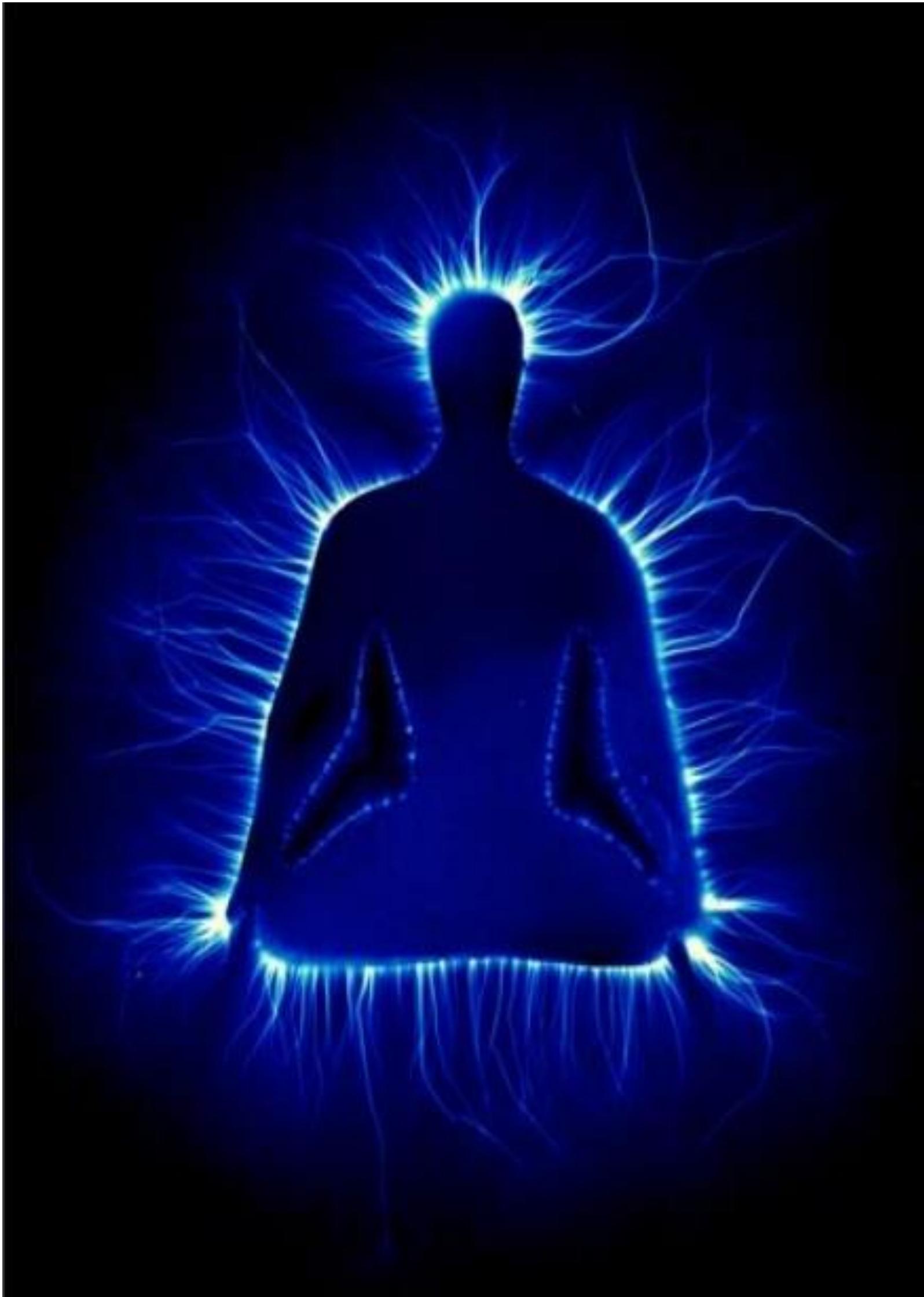
Pero el Hombre siempre prefiere dar la razón a su intelecto, a su lógica, porque no conoce las leyes del espíritu y no sabe comunicarse con el espíritu, de modo que no tiene idea de cómo se engendra el espíritu en su inteligencia. Si están atentos al espíritu que hay en ustedes, no buscarán ni verán contradicción, porque su intelecto se apartará temporalmente, para dejar entrar la luz que es espíritu. Pero si buscan la contradicción en el espíritu, ampliarán el orgullo de su intelecto y creerán que han rodeado el espíritu. Así retrasarán el avance de su inteligencia hacia lo supramental, y cerrarán una puerta valiosa hacia el conocimiento intuitivo y el saber universal.

Si el espíritu le niega una información en algún momento de su vida, no es porque esa información no sea conocida por el espíritu, sino porque el espíritu debe protegerle de un exceso de luz, para que su intelecto se acostumbre a ella y sus emociones no se vean perturbadas por demasiadas revelaciones del espíritu, que intelectualmente consideran de importancia o interés, pero que el espíritu, por su sabiduría (sapiencia), conoce los peligros. El intelecto humano es como un niño, quiere saber hoy lo que sólo debe saber mañana, y cuando se le niega lo que debe saber mañana, se vuelve contra los que se lo niegan. Pero mañana descubrirá que los que ayer se lo negaron tenían razón.

Os digo que el Hombre debe ser humilde en el conocimiento si quiere tener acceso a todo el conocimiento, no al conocimiento parcial que es más peligroso que todo el conocimiento. Muchos han sido perjudicados por saber un poco de conocimiento. Si el Hombre supiera realmente cuánto el espíritu quiere transmitir de sí mismo al Hombre, se entristecería al conocer la condición que impide, a ese mismo espíritu, revelar su luz al Hombre. Por eso digo: cuanto más practiquen la comunicación con el espíritu, más entra el espíritu en ustedes, y cuanto más entra en ustedes, más lo prepara para recibir la energía que es el fundamento mismo del conocimiento transmitido por el espíritu al Hombre.

Reclamamos como Hombre toda clase de habilidades, toda clase de hazañas. Pero tan pronto como el espíritu comienza a penetrar en nosotros, descubrimos que su penetración es tan poderosa que las murallas de nuestro intelecto comienzan a resquebrajarse, y ya tememos la ruptura total de estas murallas, e incluso entonces nos atrevemos y tenemos el descaro intelectual, si no el orgullo intelectual, de reivindicar al espíritu que nos lo revele todo. Y, sin embargo, la misma penetración del espíritu en nuestra inteligencia se convierte, a veces, en un aspecto aterrador de nuestra experiencia, pero todavía no hemos comprendido.

Por eso advierto a todos los que entran en comunicación con el supramental que no esperen nada, que esperen a vivir lentamente la experiencia, para que maduren los lazos entre el intelecto y el espíritu, para que el intelecto crezca, se flexibilice y se convierta en una reserva sólida para el conocimiento que, llegado el momento, el espíritu querrá aportarle. La experiencia de aquellos que vivieron la penetración del supramental en un grado avanzado, servirá siempre de medida para aquellos que se atreven, por razones de inteligencia, de orgullo intelectual, a querer adelantarse a los tiempos.



CAPÍTULO 6

LA SOLEDAD DE LA INICIACIÓN PLANETARIA CP-084

La soledad de la iniciación planetaria es la marca profunda de la ruptura de los lazos raciales entre el Hombre nuevo y el Hombre antiguo. Esta soledad marca el fin, o el principio del fin, del Hombre antiguo, cuya conciencia subjetiva ya no puede cumplir el papel que había marcado durante la involución. La soledad de la iniciación planetaria corresponde al cambio profundo del Hombre, cambio que le lleva a un nuevo equilibrio, basado en su inteligencia creativa y su voluntad creativa.

Esta soledad no es negativa, como puede serlo el aburrimiento, por ejemplo. Es sólo un estado de espíritu, que ya no corresponde al estado de ser que el Hombre había conocido antes de la iniciación planetaria y solar. Esta soledad, que puede llamarse soledad del espíritu, predispone al Hombre a fiarse cada vez más de sí mismo, a vivir cada vez más de sus propias energías, en lugar de las energías de los que le rodean, como ocurría durante su vida inconsciente. La soledad del espíritu permite al Hombre tomar conciencia de su conciencia y darse cuenta de que ya no es el mismo, ni mentalmente, ni emotivamente.

Es más, la soledad de la iniciación planetaria se deriva de esta realización. Al principio, el Hombre siente que se convierte cada vez más en un extraño para su planeta. Esta situación puede durar algún tiempo, hasta que se crea un nuevo equilibrio en su interior a medida que la mente y lo emotivo se reajustan. La soledad del espíritu permite al Hombre darse cuenta de su fuerza interior, es decir, de su capacidad para vivir en el plano material, según una energía que procede de él y le guía en sus movimientos cotidianos. Y esto, sin que su ego pueda interferir con la intención de esa energía, esa inteligencia y esa voluntad creativa que forman parte de él.

La soledad del iniciado planetario corresponde a un estado profundo, que nace de la dislocación entre el cuerpo de deseos y la voluntad del doble que se está formando. Y esta soledad puede ser lo suficientemente acentuada como para dar al Hombre la impresión temporal de que la vida no vale, o ya no vale, la pena vivirla. Sin embargo, no es así. Pero el estado mental y emotivo debe ser reajustado para que ese malestar, ese sufrimiento, cese. Entonces la vida vuelve a ser normal, pero diferente de lo que fue antes, porque ya no está construida con el mismo material.

Pero como la iniciación planetaria es un proceso vibratorio que altera la conciencia del Hombre, es normal que se asigne un cierto tiempo a esta transformación, de lo contrario la experiencia sería demasiado pesada, demasiado penosa y el Hombre no podría vivirla. La soledad de la iniciación planetaria predispone al Hombre a la confrontación de su memoria y de su nuevo estado donde su antigua memoria ya no le sirve de la misma manera.

Porque la forma mental de la energía ha sido transformada para dar lugar a un mayor vacío que el espíritu llena, es decir, la inteligencia creativa y la voluntad del doble. El ser humano no está acostumbrado a vivir en función de otra parte de sí mismo que no esté sujeta a las leyes de la materia y de los sentidos. Así que, el ego se ve despojado de los valores, que antaño formaban parte de su seguridad psicológica. Despojado de esta seguridad psicológica, debe reconocer otra, que esta vez es real, porque es producto de la inteligencia y de la voluntad, y no de la influencia de la forma sobre su mente y su emocional.

La soledad de la iniciación planetaria corresponde al colapso del Hombre antiguo y al desarrollo del Hombre nuevo, y ninguna influencia planetaria puede hacer este trabajo sobre el Hombre, pues este trabajo se hace desde el interior y fuera de las ondas de las influencias egóicas. En otras palabras, el ego que sufre los cambios vibratorios del doble no puede interferir en estos cambios, porque ya no están bajo su control subjetivo, puesto que ha perdido la ilusión de que sean de otra manera.

La soledad de la iniciación planetaria penetra en todos los planos del ser en evolución y sustituye en él la antigua memoria por la nueva. La nueva memoria no se parece en nada a la antigua, sino que puede reproducir formas idénticas. Pero es fundamentalmente diferente, porque se imprime en el cerebro físico a partir del poder de impresión del doble, en vez de imprimirse en el cerebro físico a partir de la conciencia astral del Hombre.

La nueva memoria es mucho más sutil y cambiante que la antigua. Es sutil porque forma parte de la nueva inteligencia y es cambiante porque no se rige por la rigidez sistemática del ego anterior a la transformación. El cambio en la memoria equivale a un cambio de conciencia, y es esta situación profunda la que crea la extraña sensación de soledad del Hombre nuevo frente al mundo antiguo con el que aún se codea.

Tal soledad a veces parece desesperante, pero esto se debe al hecho de que el ego siempre quiere referirse a su pasado, a sus experiencias pasadas, para medir el valor de su experiencia presente. Y en el caso de esta soledad, es incapaz de cambiar nada, porque es demasiado consciente para volver al pasado, y aún no lo suficientemente consciente para conocer su futuro, o comprender bien su presente.

El efecto es doble, pues obliga al ego a dejar de preocuparse, es decir, dejar de analizar, o de intentar comprender, y al mismo tiempo le permite absorber en el mental y en el emotivo una energía lo bastante poderosa como para que se dé cuenta de que vive una situación que en algún momento debe terminar. Pero el final, no lo conoce. Y esto se añade a su desconcierto egóico y solo con el tiempo ve el final y luego el trabajo se ha hecho.

La soledad de la iniciación planetaria es la medida de la identidad que el ser humano conoce. Mientras vive esta soledad, su identidad está en proceso de desarrollo. Y cuando está plenamente formada, ya no existe esta soledad, es decir, su sufrimiento.

Pero a medida que el doble se hace cada vez más presente en el Hombre y la nueva memoria se hace cada vez más creativa, la soledad es reemplazada gradualmente por un poder creativo, que brota del ser como una fuente y llena el vacío que, al comienzo de la transformación, fue penoso. La soledad es tan importante, o es tan parte del trabajo que hace el doble en el Hombre, que se puede decir que todos los que vivan esta iniciación conocerán su soledad.

Pero a medida que el doble se hace cada vez más presente en el Hombre y que la nueva memoria se vuelve cada vez más creativa, la soledad es reemplazada gradualmente por un poder creativo, que brota del ser como una fuente y llena el vacío que, al principio de la transformación, fue penoso. La soledad es tan importante, o forma tanto parte del trabajo que el doble realiza en el Hombre, que puede decirse que todos los que vivirán esta iniciación experimentarán la soledad.

Esta soledad no debe confundirse con la soledad psicológica del Hombre inconsciente. El ser inconsciente puede sentir la soledad porque le faltan en su vida inconsciente ciertos elementos con los que llenarla. Mientras que el Hombre que vive la soledad consciente de la iniciación planetaria, podría tener todos estos elementos de la vida inconsciente y seguir padeciéndola, porque ya no se basa en la ausencia de nada, sino en la incapacidad de ver su futuro.

El ser inconsciente no busca necesariamente conocer su futuro. El ser consciente, en cierto momento de su evolución, debe ver, debe comprender un poco su futuro, porque ya no está bajo el control ilusorio del ego, sino bajo el control real de su doble, la parte real de sí mismo. Y a medida que adquiere más y más conciencia de sí mismo, es normal que también adquiera conciencia de su futuro. Pero el futuro del ser consciente no es construido por el ego, sino a través del ego, dependiendo del poder del doble o de la fusión.

Así que solo cuando el ego ya no puede interferir subjetivamente con los acontecimientos de la vida puede comenzar a conocer su futuro. A partir de ese momento, la soledad comienza a desaparecer, porque empieza a ver, a vivir, a otra escala y a reintegrarse en la vida conscientemente.

Pero la soledad de la iniciación sólo puede vivirse en términos de conciencia superior y de una comprensión cada vez mayor de que es sólo temporal. De lo contrario, se vuelve demasiado pesada para el ego y éste ya no puede soportarla, o sólo puede soportarla en virtud de su saber interior.

La soledad consciente no puede compararse con la soledad inconsciente, porque no puede medirse psicológicamente. Es decir, se impone al ego, para despertarlo a una realidad que mañana se convertirá en su conciencia real. Por eso esta soledad es tan grande en consecuencia, porque fuerza al ego a "cortar" (deshacer) sus lazos raciales con el Hombre inconsciente de la Tierra. Sin esta ruptura interior, el ego permanecería en su antigua memoria y nunca descubriría su memoria nueva y creativa.

Esta es una de las razones fundamentales por las que la evolución de la conciencia cósmica sólo puede tener lugar en la Tierra a finales del siglo XX. Ya que antes, los Hombres aún no habían completado el período de formación de la antigua memoria. En otras palabras, el Hombre todavía tenía que pasar por la experiencia planetaria inferior antes de poder experimentar la experiencia superior de su conciencia universal o cósmica. La soledad de la iniciación planetaria coincide con la resurrección en el Hombre de la llamada conciencia crística, es decir, de esa conciencia que ya no emana de los planos inferiores de la evolución, sino del éter.

Esta soledad es tan importante en la implantación de la conciencia crística en la Tierra que sólo el Hombre que ha conocido y comprendido plenamente la experiencia puede empezar a darse cuenta de los mensajes ocultos y esotéricos, cuando no herméticos, que han sido entregados a la humanidad en el pasado por seres de conciencia superior, que el Hombre ha elevado al rango de sagrados. Porque entonces vivía de la antigua memoria de la humanidad que le obligaba a rechazar lo que no podía comprender, para aceptar únicamente lo que podía hacerle sentir seguro emotivamente. Con el advenimiento de la iniciación planetaria y solar en el Hombre, esta situación se invierte totalmente.

De modo que el Hombre ya no puede orientar su psicología, su ser, hacia el pasado de la memoria antigua, sino hacia el futuro de la nueva memoria. Y esta experiencia coincide con la soledad, cuya naturaleza y función explicamos. La soledad consciente atraviesa todo el ser y afecta a todos sus centros energéticos, de modo que ninguna parte de sí mismo escapa al poder "transformador" del doble que afecta, poco a poco, al cuerpo astral del Hombre y a su cuerpo mental inferior.

La soledad es tan grande en su acción creativa que el ego ya no puede llamarla soledad, como solía llamarla. Sólo puede verla como un estado emotivo y mental en cambio vibratorio. La gran peculiaridad de esta soledad hace que el Hombre reconozca, por primera vez en su vida, que en realidad es un extranjero en un extraño planeta que no le pertenece, porque aún no lo ha conquistado por el poder de la energía, de la que está hecho y formado.

Esta toma de conciencia es penosa, porque el Hombre ya no tiene, como en el pasado, el alivio que proporciona la antigua soledad. Parece como si la soledad consciente le fuera totalmente ajena, como si le sumergiera en un estado de espíritu que nunca antes había conocido, puesto que siempre se había protegido, de un modo u otro, contra su doble o su realidad. Ahora que el muro, o la pared, se derrumba entre él y el doble, parece cada vez más que es el doble el que vive en él, y no él sólo en la materia.

La nueva soledad confunde al Hombre, pues sólo la comprende a medida que la experimenta y que se levanta ante él como la espesa niebla que surge del suelo después de haber mantenido al Hombre en una especie de extraña penumbra, que sabe temporal y sin peligro. El ser humano siempre ha sabido ocupar su tiempo por toda clase de medios, pues siempre ha podido utilizar su cuerpo de deseos, para mantener constantemente una falsa plenitud en su interior, aunque esta plenitud fuera ilusoria.

Pero ahora que es llevado a vivir el vacío, que en realidad no es más que el aspecto extremo de la soledad consciente, se da cuenta de que la vida superior, consciente, no está hecha y construida de la misma manera que la anterior. Y ahí radica su misterio. Sólo puede ser comprendida por quien la experimenta y no puede ser transpuesta filosóficamente a otros que residen en las otras múltiples orillas de la conciencia experimental y planetaria del Hombre inconsciente. La soledad consciente no entra en conflicto con la vida psicológica del Hombre, sino que le hace darse cuenta de que es mucho más impotente en su creatividad de lo que antes imaginaba.

Y esta toma de conciencia le permite ver, comprender, por qué la creatividad no tiene nada que ver con la memoria del Hombre antiguo, que es el producto del fortalecimiento entre el doble y el ego. Pero este fortalecimiento no puede tener lugar hasta que el ego sienta que la vida, tal como debe evolucionar, no tiene nada que ver con la forma en que él, como ego "inseguro", la proyecta.

Y aquí es donde la soledad se vuelve penosa, porque el ego se da cuenta de que ya no tiene el control subjetivo de su vida, sino que su doble conoce de ella todos los aspectos y que todos los aspectos se desarrollan según el tiempo que éste les ha asignado. El ego sólo tiene que ponerse a tono con el doble, es decir, con su inteligencia y su voluntad creativa.

Entonces la soledad ya no existe. El ego es, entonces, dueño de su vida, pues ha aprendido a comprender lo que debe comprender de sí mismo, de su doble. Porque, finalmente, el doble es el Hombre real detrás del ego, y no al revés. Pero el Hombre siempre ha creído que era él el Hombre, cuando en realidad sólo era una caricatura emotiva y mental del ego tras la cual el Hombre real, el doble, trabajaba en la conquista del alma, de la memoria antigua.

La gran soledad del ego equivale a la conquista del alma por el doble, a su conquista final, para que el ciclo de la vida y de la muerte se detenga y no retrase más la evolución de la energía de la materia y de la luz que penetra en la materia organizada y le da su dirección, su evolución. El Hombre debe dejar de ser un pensador y convertirse en un creador.

Pero para que esto ocurra, debe conocer la gran soledad del ego que invierte la polaridad de la inteligencia y de la emoción, y hace que la emoción sea pura y la inteligencia perfecta. Este es el Hombre de mañana: el Hombre que ya no será capaz de apagar las fuerzas de vida en su interior y que, por eso mismo, será vida y fuerza.

La soledad de la iniciación planetaria atravesará a todos aquellos que deben conocer la naturaleza de la rebelión del ego contra el alma. A esta rebelión debe corresponder la expresión más real de la presencia del doble en el interior, o detrás del Hombre, detrás del ego. Y esta expresión perfecta se manifiesta en esta soledad, porque la luz del doble está en la Tierra. Y el ego, el Hombre inconsciente ha querido sustituirlo utilizando la memoria del alma como paraguas contra su terrible y poderosa presencia.

Pero los tiempos aún no habían llegado. Así que el Hombre, el ego, tuvo que evolucionar hasta el día de hoy. Ahora que los tiempos han llegado, los hijos de Jacob deben cosechar la amarga lección de la vida planetaria e inconsciente. Y esta lección está contenida en la dispersión de la memoria antigua, vivida en el efecto que produce en la psique humana la gran soledad de la iniciación planetaria.

El Hombre nuevo trascenderá la naturaleza misma de su conciencia egóica, para poder contemplar el origen de las cosas y participar más de cerca en el relanzamiento (a la regeneración), en esta parte de la galaxia, del esfuerzo total contenido en una civilización que ya no será confundida con la cultura regional que han conocido las razas divididas del Hombre antiguo.

Y para que esta civilización deslumbrase todo lo que fue construido en el pasado sobre el globo, el Hombre nuevo tendrá que reivindicar su nueva memoria contra la antigua. Y con este fin, la soledad de la iniciación solar y planetaria está perfectamente acordada en los planos sutiles de la realidad del Hombre.

El ser humano debe conocer el fondo de su naturaleza perpleja. Y esta experiencia sólo puede adquirirse si, en su estado psicológico, se siente trastornado acerca de lo que le permite, o le permitió en el pasado, no reconocer la naturaleza intrínsecamente intransigente del doble. La energía del doble ha sostenido la actividad inferior del ego, en tanto que éste último tenía que perfeccionarse y aumentar el poder de su mente, pues tenía que comprender lo que tenía que vivir en el futuro de la raza. La soledad del iniciado planetario sólo es real para aquel que la conoce.

Pero esta realización es tan absoluta que la experiencia misma sólo puede ser rechazada si el propio doble se niega a ser liberado porque su relación con el Hombre aún no puede establecerse perfectamente. El aislamiento interior que crea la gran soledad sólo puede ser adecuado para quien está dispuesto a dejarse penetrar por el rayo de la creación que forma parte del color del doble y que engendra en el Hombre toda la energía que necesita, para alejar de él mismo las fuerzas que convierten la actividad de este rayo en ignorancia, porque todavía están demasiado grabadas en la inconsciencia del Hombre.

No hay que olvidar que el Hombre, el Hombre real, es un ser cósmico, es decir, una fuerza creativa que emana de la conjunción de la energía indiferenciada con el centro mismo del Hombre que permanece oculto a sus ojos. Cuando los Hombres hayan descubierto este centro, podrán observar que la última dimensión de la realidad coincide con el acceso del doble a la energía primordial, aprisionada en las materias inferiores y planetarias del Hombre, que se encuentran en lo mental, lo emotivo, lo vital y lo físico.

Si el ser humano debe conocer la gran soledad antes de la fusión, es para prepararse a recibir la energía del doble, sin vivir la dualidad entre él mismo y el doble. Pues toda dualidad representa la falta de emancipación del doble, del espíritu. Y mientras el doble no esté liberado, es imposible que el Hombre emprenda en la Tierra nada que pueda darle conciencia de la relación entre la carne y la luz.

Por eso el Hombre siempre ha tenido la impresión de ser, antes de ser realmente, es decir, antes de poder convertir la energía del doble en voluntad e inteligencia. De ahí el eventual poder del Hombre sobre la Tierra y las estrellas. La gran soledad representa la primera experiencia real del Hombre fuera de su egocentricidad. Por eso la experiencia en sí es penosa. No porque sea realmente penosa, sino porque el ego del Hombre está todavía en la etapa de transformación astral.

Y esta transformación debe llevarle a la etapa de la transformación total de su ser, que se efectuará cuando los hermanos del Hombre vengan a la Tierra para engendrar o dar a luz a los hijos de la luz, que habrán sido preparados para recibirlos, sin miedo, sin ignorancia, en plena conciencia de su poder.

La soledad hace estallar los muros del ego. Se abre más allá de sí mismo, más allá de la conciencia ego mental de su aprendizaje secular. El ego aprende a dejar de remover el polvo de su memoria, sus falsos sentimientos, y a ejercer sobre él mismo la paciencia de su relación con la energía del doble, que debe ajustarse antes de poder utilizarla en su propio beneficio y en el de la vida creativa en general.

La soledad de la iniciación planetaria dura hasta que el cuerpo emocional se ha fortalecido lo suficiente por los choques vibratorios que crea el doble a través de los acontecimientos. Este reforzamiento ajusta la mente y la adapta a una vibración más elevada. Es esta elevación de la vibración de la energía mental la que crea esta soledad, ya que el ego ya no interviene en la vida como en el pasado. Parece que la vida esta fuera de su control. Y esto no es fácil al principio, ya que se siente cada vez más desprovisto de autoridad real. A medida que la soledad se desvanece, el ego comienza a vivir con una autoridad cada vez más poderosa, porque su inteligencia y su voluntad son ahora principios de vida que no están coloreados por su astralidad.

Vuelve a tener autoridad sobre la vida. Y cuanto más toma conciencia, más se da cuenta de esta autoridad, hasta el día en que la fusión total le da autoridad incluso sobre los planos más bajos de la materia. La soledad de la iniciación se desvanece con la inteligencia y la comprensión. Cualquiera que sea la tasa vibratoria que el Hombre debe experimentar en sus cuerpos sutiles, después de la soledad, ya no puede sufrirla, porque la energía ya no está bloqueada por el ego. Decimos entonces que el Hombre planetario se vuelve cósmico, es decir, su doble se vuelve cada vez más poderoso en la materia, y este poder se convierte en el poder creativo del Hombre.

Al final del ciclo, quienes hayan experimentado plenamente la fusión comprenderán el fenómeno humano hasta tal punto que la naturaleza misma de la conciencia planetaria se verá afectada, pues el Hombre nuevo podrá entonces actuar en lugar de reaccionar. Y cuando un ser consciente actúa, altera la conciencia de su planeta, e instruye de la realidad a los que vienen detrás. El fenómeno extraterrestre, por ejemplo, es sumamente importante para la humanidad. Pero sólo se hace real para el Hombre, cuando éste puede vivir en una longitud de onda que le es paralela, a fin de comprenderlo bien y también a fin de ser bien comprendido por estos seres, en el sentido de una conciencia universal y común.

El ser extraterrestre es un ser cuya materia y doble son uno. Y el Hombre debe alcanzar este nivel de evolución. Pero cuando la materia y el doble son uno, la soledad cósmica ya no existe. Y esta soledad, que antes era penosa para el ego, se convierte en un refugio del ser con respecto a sí mismo. Es una soledad plena y ya no una soledad sin sentido.

Pero como la iniciación planetaria se vive y no puede entenderse según la filosofía del ego, la soledad se convierte en una experiencia inevitable y necesaria. Porque parte el ego, haciéndole darse cuenta, poco a poco, de que sólo puede estar solo en la vida si no es consciente de la realidad de su vida.

Así como la soledad de la iniciación planetaria es una ilusión, un sufrimiento del ego, también está llena de sentido cuando el ego empieza a ver lo que es, en lo que se está convirtiendo. Por mucho que le parezca un sufrimiento irracional, también se convierte en una herramienta necesaria que refleja el acercamiento de esa gran fuerza que hay en él, el doble.

Es el poder, el gran poder vibratorio del doble contra lo mental y lo emotivo lo que crea el espaciamento psicológico de la soledad. Pero, si el ego aprende a reponerse en esta soledad, la soportará y no podrá doblegarla demasiado. No hay que olvidar que el ego es una dimensión encapsulada en la materia y que ese conjunto, una vez refinado, ya no tiene el mismo valor a sus propios ojos. Es a partir de este momento cuando la soledad sirve para hacer al ego indestructible, "inafectable", porque ya no tiene las mismas reacciones ante lo que sucede en la vida.

Lo entiende todo en términos de su posible fusión. Y esto le libera psicológicamente del estrés que crean los acontecimientos de la vida. Cuando es consciente, el estrés ya no existe para él e incluso los acontecimientos perturbadores, que el doble utiliza para la fusión, ya no tienen sobre él ningún efecto psicológico. Sólo se siente el efecto vibratorio.

Y es este efecto el que se convierte en un peso cada vez más leve sobre sus hombros, hasta que ya no le preocupa nada. Su soledad, o más bien la soledad de la iniciación planetaria, lleva a que el ego esté sin soporte externo a sí mismo, para tomar conciencia de él mismo a otros niveles.

De lo contrario, volvería a caer en sus antiguos hábitos de ver el mundo material como más importante, cuando en realidad el mundo material no existiría sin la ayuda de los mundos paralelos. Esta visión más objetiva de la realidad le hace ser objetivo y le permite ver la acción del doble en todo lo que es vida en él o a su través. El Hombre planetario toma así conciencia de un plan sutil cada vez menos perjudicial para él. Y es en este punto cuando descubre su verdadera creatividad, esa creatividad que no tiene nada que ver con el ego en sí, sino que fluye a través de él como una fuente abundante e inagotable.

La soledad del ser planetario pone fin al ciclo del pensamiento subjetivo, porque impide el desarrollo mecánico de ésta. Se sustituye entonces por una nueva forma de cognición instantánea que nunca se ve afectada por la emoción. Para que el ego conscientizado deje de recordar, debe ser capaz de actuar instantáneamente. Pero esta instantaneidad sólo puede ser manifestada o creada por el doble, pues el doble no hace uso de la memoria subjetiva, ya que contiene todo lo que es, o todo lo que debe servir al Hombre.

Pero el Hombre no está acostumbrado a vivir sin memoria. Y por eso la soledad tiene la función de obligarle a desprenderse de un falso lleno, que nace de la actividad mecánica de su memoria. Si vive la gran soledad, la mente egóica solo puede verse en relación con un gran vacío. Esto neutraliza la memoria subjetiva y lo proyecta gradualmente hacia una memoria más impersonal y creativa. Aquí tiende a darse cuenta poco a poco de que, en efecto, su vida inconsciente es un juego mal entendido por él que ya no quiere vivir inconscientemente.

Cuando en realidad puede crear sus propias reglas, su propio juego, porque ya no hay ninguna diferencia, ningún muro, entre el doble, el Hombre cósmico y el planetario. Para que el ego tome conciencia del doble como parte integrante de sí mismo, debe experimentar la soledad, pues en esa experiencia puede referirse cada vez menos a sí mismo en el pasado, ya que la soledad de la iniciación le obliga a vivir en el presente. Y es en el presente que se manifiesta el doble.

Y mientras la soledad sirva al doble, el ego debe vivirla porque le predispone a no seguir jugando subjetivamente a la vida. Se ve forzado a vivirla en condiciones que están bajo el poder vibratorio del doble. Por eso lo irracional parece a primera vista ridículo, no porque lo sea realmente, sino porque el ego lo ve así por su incapacidad de vivir desde el poder del doble en su vida. Poder que es de orden vibratorio y no de orden psicológico, para destruir las razones que el ego puede dar a un acontecimiento que no puede aceptar por su irracionalidad. De hecho lo irracional no existe.

Sólo existe la memoria subjetiva del ego, que da al acontecimiento un valor que él rechaza, porque no cuadra con su visión subjetiva de las cosas. El ego no se da cuenta, hasta que no ha experimentado la gran soledad, de que la vida material debe armonizarse, según el poder del doble a través de él y no según el cuerpo de deseos del ego contra el doble.

Si llamamos soledad a este estado de espíritu, es porque significa que el Hombre que avanza hacia la conciencia, el Hombre que toma conciencia de la actividad del doble en él, se da cuenta, en efecto, de que su conciencia total está en función de una totalidad que atraviesa el mundo mental y el mundo emocional, a los que está acostumbrado desde su nacimiento. Es decir, toma conciencia de que la realidad de su espíritu se "superpone" a la realidad mental y emotiva de su ser inferior.

Y la toma de conciencia por el ego de esta situación crea la soledad, es decir que desgarrado, separado de sus vínculos con la humanidad, establece vínculos con las fuerzas cósmicas y transplanetarias, fuerzas que están más allá de la materia. Y cuando el doble se hace consciente en el Hombre, es decir, cuando el doble desarrolla sus raíces y en consecuencia el ego toma conciencia de ello, se produce un fenómeno de soledad en el Hombre, porque el ego en la limitación de su conciencia, carga sobre sí la gran conciencia del doble.

Y la relación entre la infinidad del doble y la finitud del yo crea esta soledad, que al principio es penosa para el Hombre, porque le obliga a considerarse a sí mismo en términos de otra cosa, es decir, en términos de algo que es más grande que él, algo que es de él, pero más grande que él. Y es esta diferencia, este diferencial, esta relación entre el infinito y la finitud, lo cósmico y lo planetario, lo que crea el estado de espíritu que llamamos la soledad de la iniciación planetaria.

El ser que mañana estará en contacto con la inteligencia universal ya no podrá referirse subjetivamente al recuerdo de sus emociones y al recuerdo de sus pensamientos subjetivos, porque la poderosa intervención en su vida del doble, es decir de la luz, impedirá al ego volver al pasado, de sentir la pequeñez planetaria del Hombre, y permitirá al ego, al Hombre, a este ser nuevo, darse cuenta, después de haber vivido la soledad, de que efectivamente, este período, que era temporal, era necesario.

Porque predisponía al Hombre antiguo a convertirse, mañana, en el Hombre nuevo, el Superhombre, el Hombre que ya no necesitaba apoyo psicológico para ser, el Hombre que ya no estaba existencialmente preocupado por la vida, sino el Hombre que había descubierto, realizado, lo que por fin, después de siglos y siglos, los antiguos conocimientos esotéricos y herméticos de la humanidad habían querido hacerle comprender, a través de la voz simbólica del astral, sin poder hacer que lo realizara.

Porque sólo el doble puede dar al Hombre la luz que el ego necesita para que sea clara su inteligencia, poderosa su voluntad y grande su amor. Quien conozca la soledad de la iniciación planetaria comprenderá el misterio del Hombre, comprenderá el misterio del espíritu y se dará cuenta de que el Hombre y el espíritu son uno y que esta soledad sólo es el resultado de la relación imperfecta entre el espíritu y el Hombre.



CAPÍTULO 7

EVOLUCIÓN DESCENDENTE Y ASCENDENTE

BdM-RG 62A

(Título modificado con fines de traducción)

¿Bien, entonces separo la evolución del Hombre, le doy una curva descendente y una curva ascendente OK.? La curva descendente la llamo "involución", la curva ascendente la llamo evolución. Y hoy el Hombre está en el punto donde estas curvas se encuentran. Pongámosle una fecha: 1969 si quieren. Si consideramos la evolución - no desde un punto de vista darwinista - sino desde un punto de vista ocultista, es decir, según la investigación interior del Hombre, y si retrocedemos en el tiempo, podemos situar hace doce mil años el hundimiento de una gran civilización a la que se dio el nombre de Atlántida.

Así que fue un período en el que el Hombre desarrolló intensamente lo que se llama el cuerpo astral, que es un aspecto de su conciencia, que es un vehículo sutil de su conciencia, que está directamente conectado con todo lo psico-emocional. Y luego, después de la destrucción de esa civilización hasta hoy, el Hombre desarrolló otra parte de su conciencia, que puede llamarse ocultamente el desarrollo de la conciencia mental inferior, que dio lugar al desarrollo muy avanzado del intelecto, que hoy sirve al Hombre para la comprensión del mundo material.

Y desde 1969 en este planeta, ha habido un nuevo fenómeno en la conciencia del Hombre al que podemos dar el nombre de fusión o al que podemos dar el nombre de despertar de la conciencia supramental en la Tierra. Y hay Hombres en el mundo que han dejado de funcionar al nivel de la mente inferior, por lo tanto del intelecto, y que han comenzado a desarrollar otra capa de conciencia que se llama la conciencia supramental. Y estos Hombres han desarrollado facultades que están en proceso de desarrollo y que coincidirán también con otro ciclo de evolución, que puede llamarse sexta raza raíz.

Hablando ocultamente, cuando se habla de la evolución del Hombre, se habla de la Atlántida que era la cuarta raza raíz con sus subrazas, las razas indoeuropeas de las que formamos parte, que forman parte de la quinta raza raíz y sus subrazas. Y ahora está comenzando en el mundo una nueva raza raíz que también dará sus subrazas. Y finalmente habrá una séptima raza raíz que permitirá al Hombre alcanzar un nivel de evolución lo suficientemente avanzado como para no necesitar más el uso orgánico de su cuerpo material. Pero no nos ocupamos de esto por el momento, así que nos ocupamos de la sexta raza raíz que no representa una raza física, sino que representa un aspecto puramente psíquico de la nueva conciencia mental de la humanidad futura.

Es obvio que para comprender la evolución del Hombre en este plano, desde el punto del vórtice invertido hacia su finalidad, que tal vez sea de dos mil quinientos años, según las informaciones que recibimos, es evidente que el Hombre pasará a estadios de conciencia absolutamente extraordinarios, es decir, así como el Hombre de la Atlántida era limitado en relación al Hombre de las razas indoeuropeas, así también el Hombre de hoy es limitado y será limitado en relación al Hombre de la próxima evolución de la conciencia supramental en la Tierra, que fue predicha por Aurobindo.

Lo interesante de la evolución de la conciencia supramental es lo siguiente: que por mucho que hoy nosotros los Hombres, los Hombres racionales, los Hombres cartesianos, los Hombres muy reflexivos de la quinta raza raíz, tengamos tendencia a creer que nuestra mente está gobernada por nuestro ego, mañana el Hombre descubrirá que la mente humana no está gobernada por el ego, que la mente humana es, en su definición psicológica, la expresión reflexiva del ego, y que su fuente se encuentra en mundos paralelos a los que por el momento podemos dar el término de "mundo mental", pero a los que más tarde daremos el término de "mundo arquitectural".

En otras palabras, lo que quiero decir es que cuanto más se tome el Hombre la molestia o la capacidad o la libertad de descubrir la fuente de su pensamiento, más le será posible comenzar a entrar en comunicación telepsíquica con los mundos paralelos, de modo que en el curso de la evolución, en el plano mundial, en el plano universal de la raza, podrá descifrar instantáneamente los misterios de la vida, tanto en el reino de la materia como en el reino astral del alma, así como en el reino mental del espíritu. En otras palabras, lo que quiero decir es que el Hombre ha llegado a un punto en el que hoy le es posible alcanzar un estado de conciencia mental suficiente por sí sola.

Y cuando digo una conciencia mental suficiente por sí sola, no me refiero a una conciencia mental basada en el valor psicológico de la verdad. La verdad es un término, es una convicción personal o una convicción social, o una convicción sociológica colectiva, que forma parte de las necesidades emocionales del Hombre como individuo o de la sociedad como colectividad, para asegurarse un predominio en el mundo de la materia.

Pero en el plano de la evolución de la conciencia futura de la humanidad, el fenómeno de la verdad o su contrapartida psicológica, o su valor emocional, será absolutamente inútil por la simple razón de que el Hombre ya no podrá utilizar la emotividad de su conciencia en la evaluación psicológica de su saber. Ya no tendrá que usar la emotividad de su conciencia para desarrollar la seguridad mental de su yo.

Así el Hombre estará absolutamente libre en la mente para ejercer en el plano psíquico, la expresión, la elaboración y la definición de los temas finalmente infinitos de la conciencia universal que son parte de todas las razas en el mundo, que son parte de todas las razas en el cosmos, y que son de hecho parte de la unidad inmutable del espíritu, en su definición absoluta, como fuente original de la luz y de su movimiento en el cosmos.

Así pues, llegará un punto en el curso de la evolución de la humanidad en el que finalmente el ego habrá alcanzado el tiempo perdido sobre la conciencia del yo, y en el que el yo habrá alcanzado por fin los límites posibles de su definición psicológica, introduciendo en su conciencia el potencial creativo de su mente pura, es decir, de su espíritu.

Y descubriremos en la Tierra, en diferentes razas, en diferentes naciones, en diferentes épocas, individuos que conocerán la fusión, es decir, que llegarán a ser capaces de gravitar instantáneamente hacia fuentes de conocimiento tan grandes, que la ciencia mundial, en términos de tecnología, de técnica, de medicina, de psicología o de historia, se derrocada totalmente.

¿Por qué sucederá esto? Porque por primera vez desde la evolución del Hombre, por primera vez desde el descenso del espíritu en la materia, y por primera vez desde la alianza del alma con la materia, el Hombre habrá alcanzado finalmente la capacidad de sustentar su conocimiento absoluto.

A lo que yo llamo conocimiento absoluto es a la capacidad de la mente humana de poder soportar y absorber su propia luz. El conocimiento absoluto no es una facultad. El conocimiento absoluto no es una predestinación. El conocimiento absoluto no es una necesidad. El conocimiento absoluto es una finalidad evolutiva correctora, es decir, que forma parte del gran campo de actividad de la luz en el cosmos, y permite a todos los reinos, a todas las instancias inteligentes, es decir, a todas las especies inteligentes del universo, reunirse en un plano mental superior, es decir, en un plano de energía suficientemente poderoso para permitir, eventualmente, en el curso de la evolución, la desaparición eventual del cuerpo material para la resurrección inevitable del cuerpo etérico.

¡Es decir, la capacidad del Hombre de entrar finalmente en componente energético con los diferentes soles que constituyen el organismo universal, y que son su espíritu, su luz y su fundamento, en el movimiento y en la comprensión infinita de lo que hoy llamamos la conciencia atómica! Así pues, llegará un punto en el curso de la evolución en el que el Hombre podrá, sin tener que pensar, sin tener la necesidad de pensar, el Hombre será capaz finalmente de intervenir de manera categórica en la construcción mental de los arquetipos involutivos y evolutivos de la conciencia universal en la Tierra. Esto significa que eventualmente el Hombre acabará por darse cuenta de que es absolutamente un ser inteligente.

El Hombre llegará a darse cuenta de que la Inteligencia no es meramente la expresión de una forma de educación, sino que la Inteligencia es de manera absoluta la característica fundamental de todo espíritu en cualquier materia. Sólo que hoy nos encontramos en un punto en el que, como ego o como yo humano, nos vemos forzados a vivir dentro de los límites que nos han sido impuestos por la reflexión universal, es decir, por la historia y por la memoria de la humanidad.

¡Y todavía no se le ha dado al Hombre - porque no hay suficiente ciencia en este campo -, todavía no se le ha dado al Hombre la capacidad de saber y comprender cómo funciona su psique, cómo funciona su yo, y qué significa el término inteligencia en su definición universal, de modo que el Hombre está hoy atrapado por su cuerpo astral, es decir, por sus sentidos!

Se ve obligado a sustituir su conocimiento fundamental y universal por un conocimiento restringido limitativo, condicionado por la historia y sujeto, en el curso de la evolución, a ser revisado, como tendrán que serlo todas las teorías de la ciencia, no en el sentido de que la ciencia actual no sea útil, al contrario, es muy útil, sino en el sentido de que la ciencia actual también hace su inevitable recorrido hacia su propia abolición. Así como todas las civilizaciones hacen su propio recorrido hacia su propia abolición.

Pero así como una civilización considera muy difícil la realidad de su abolición, también la ciencia considerará difícil el logro de su propia abolición. Y esto es muy normal. No se puede pedir a seres pensantes o a seres con cierta conciencia que promuevan en el mundo su propia decadencia o aniquilación. Estamos obligados a tomar conciencia de lo que somos, de lo que hemos hecho, de lo que podemos hacer, para evolucionar con el fin de permitir que la humanidad evolucione.

Pero como individuos - recalco como individuos - eventualmente nos veremos obligados a enfrentar situaciones de orden universal y cósmico en nuestro planeta, nos veremos obligados a afrontar dimensiones que en el pasado han dado lugar a grandes movimientos de superstición en el mundo, movimientos que se han extinguido con la evolución de la ciencia, y movimientos que luego fueron categóricamente rechazados por la ciencia.

Así que nos veremos obligados con el tiempo a revisar y revivir ciertas experiencias para tomar conciencia de que el cosmos es ilimitado. Que la conciencia humana es ilimitada y que el Hombre en su interioridad es tan poderoso como pueda serlo su conciencia. Esto es muy importante hoy en día, en un mundo en el que estamos obligados de vivir en la encrucijada de una multitud de corrientes de espíritus que, en su conjunto... Y cuando digo en su conjunto, me refiero ciertamente a los Estados Unidos, donde esta experiencia colectiva, en su confrontación con la individualidad, tiende lentamente a crear una psicosis colectiva.

El Hombre no puede ser indefinidamente bombardeado en el mundo por corrientes de ideas amplificadas en número por la televisión o por los periódicos, o por las diversas formas de prensa libre. Llegará un momento en que el Hombre ya no podrá soportar la tensión psíquica y psicológica que surge de las diversas confrontaciones entre la verdad y la mentira. Llegará un momento en la evolución de la conciencia supramental sobre la Tierra en que el Hombre se verá obligado a definir la realidad en relación con sí mismo. Pero será un "sí mismo" que será universal, no un "sí mismo" basado en la picardía de su propio espíritu o en la vanidad de su propio ego o en la inseguridad de su propio yo.

Así que, a partir de ese momento, el Hombre empezará a ser capaz de comprender el fenómeno humano, la civilización en todos sus aspectos. Y ya no estará psicológicamente “*agobiado*” (*perjudicado*) por lo que ocurre o lo que ocurrirá en el mundo. El Hombre empezará a ser libre. Y desde el momento en que empiece a ser libre, empezará por fin a comprender la vida en su calidad fundamental. Y cuanto más evolucione, más comprenderá la vida de forma absoluta, integral y sabia, en un sentido que hoy no forma parte de la conciencia de la quinta raza raíz.

¿Por qué toda esta verborrea? Simplemente para llevar poco a poco al Hombre a comprender que la mayor fidelidad que puede darse, crearse, es la fidelidad a él mismo. Vivimos en un siglo en el que el amor por el individualismo, sobre todo en el mundo occidental, está muy avanzado. Nos hemos vuelto cada vez más individualistas, pero el individualismo, si sigue siendo una actitud, no está fundamentalmente integrado en la realidad del ser humano. En otras palabras, ir por la calle con bragas rojas y zapatillas amarillas y practicar sexo en Nueva York, en el Time Square de Nueva York, es una forma de individualismo. Pero es excentricidad, es una forma de astralización de la conciencia humana.

Para mantener su individualidad, para expresar su individualidad en el sentido concreto del término, el Hombre no necesita despreciar la sensibilidad de las masas o despreciar la sensibilidad de su pueblo o despreciar la sensibilidad de sus poblaciones. ¡Es una ilusión! Y forma parte de las modas características del siglo XX, con el tiempo se vuelve banal, se vuelve incluso estúpido, carece de toda estética. Por lo tanto, el Hombre nuevo, la evolución de la conciencia supramental en la Tierra, permitirá efectivamente al Hombre de desarrollar una conciencia extremadamente individualizada pero no individualista.

¿El Hombre se individualizará, por qué? Porque la realidad de su conciencia se fundará en la fusión de su espíritu y no se proyectará en el mundo ante los ojos de los Hombres, para revelar una especie de coqueteo con la excentricidad. Un Hombre no necesita andar por el mundo y ser marginal para ser real. Al contrario, cuanto más consciente sea el Hombre, menos marginal será, más real será y más anónimo será en su realidad. Porque la realidad del Hombre es algo que va entre él y él mismo y no entre él y los demás.

Si nos fijamos en la evolución necesaria de una raza raíz en nuestro planeta, es para comprender algo del fenómeno humano. ¡Que establezcamos coordenadas es puramente pragmático, es puramente para dar un marco cronológico de comprensión a acontecimientos inevitables! Pero si hablamos de una raza consciente, si hablamos de una humanidad consciente, estamos obligados de hablar de Hombres e individuos conscientes.

La evolución de la conciencia supramental en la Tierra nunca será a escala colectiva. La evolución de la conciencia supramental en la Tierra nunca será la expresión de una fuerza colectivizante (colectivista). Siempre serán individuos en el mundo los que gravitarán poco a poco, cada vez más, hacia ese punto de su conciencia en el que se unirán con su propia fuente, su espíritu, su doble, cualquiera que sea el nombre que pudiésemos dar a esta realidad que forma parte del Hombre.

Pero el movimiento fundamental en esta dirección se basará en esto: se basará en la comprensión del fenómeno del pensamiento que nunca se ha hecho desde la involución. No basta con decir: "*Pienso, luego existo*". Fue bueno para Descartes decir: "*Pienso, luego existo*", porque formaba parte de la toma de conciencia de que el pensamiento en sí mismo tiene un poder que debe realizarse a nivel del individuo.

Pero en el plano de una conciencia creativa, llegará un punto en el que el pensamiento del Hombre se transmutará completamente, integralmente. Y el Hombre ya no pensará en el curso de la evolución. Su pensamiento se transformará en un modo de expresión creativa de su mente superior. Y esta mente se volverá totalmente tele-psíquica. En otras palabras, el Hombre experimentará una comunicación instantánea con los planos universales y este modo de comunicación ya no será reflectivo. Desde el momento en que el pensamiento deja de ser reflectivo en la mente del Hombre, el pensamiento deja de ser subjetivo. Ya no podemos decir que el Hombre piensa, decimos que el Hombre se comunica con los planos universales de su propia conciencia.

Pero para que el Hombre llegue a comprender esto de una manera integral, será necesario que se dé cuenta de que el pensamiento, tal como lo concebimos hoy, tal como lo vivimos hoy, tal como está fijado en nuestra mente, tal como es producido o percibido por nosotros como ego inconsciente, debe despertar en nosotros una cierta realización, en el sentido de que el Hombre debe llegar a ser capaz de darse cuenta de que su pensamiento en sí mismo lo divide contra él mismo. Sólo en la medida en que él, por razones de involución y de inconsciencia, lo somete a la polaridad del bien o del mal, de lo verdadero o de lo falso.

Desde el momento en que el Hombre polariza su mente, en que establece coordenadas negativas o positivas, ha creado la escisión entre él mismo en el plano material y él mismo en el plano cósmico y universal. ¡Esto es muy importante! Es tan importante que es la clave fundamental de la próxima evolución. Lo que nos hace tender a vivir siempre nuestro pensamiento en relación con una polaridad es la inseguridad fundamental de nuestro ego. Es la capacidad poderosa y vampírica de nuestras emociones. Es nuestra incapacidad como ego, o como individuo mal educado o educado con exceso, de no ser capaz de soportar lo que sabemos.

No hay Hombre en el mundo que no sepa algo. Todos los Hombres saben algo, pero no hay ninguna autoridad mundial, no hay ninguna definición cultural, no hay ningún soporte cultural en el mundo que pueda sostener que un Hombre sepa algo. Hay instituciones que se dan el derecho de saber algo para instituir este saber y condicionar la mente del Hombre. Esto es lo que llamamos ciencia a diferentes niveles, es normal.

Pero no existe el movimiento opuesto en el que las instituciones del mundo puedan dar o devolver al Hombre su autoridad, es decir, devolverle la pequeña dimensión de él mismo que un día puede llegar a ser muy grande, la de su propia luz. Y esto se puede comprobar de manera muy sencilla en el campo espiritual, en el campo de la religión. Un día, cuando los centros del Hombre estén suficientemente abiertos, podrá hacer lo mismo en el campo de la ciencia.

A un Hombre que está en el mundo y que, por ejemplo, fuera a ver a un clérigo o a alguien que trabaja en la religión y que le hablara de dios, y que le dijera: "*Bueno, dios es tal cosa, tal otra*", se le diría: " *¿Pero qué derecho tienes tú de hablar de dios? ¿Qué derecho tienes tú de hablar de dios?* Y si el Hombre es como mínimo evolucionado y puede realmente fragmentar la forma de dios para hacer surgir o brotar otras formas que forman parte de la dimensión creativa de su mente, será aún más rechazado por la institucionalización de un saber que está relacionado con la comprensión de los mundos invisibles.

Por eso digo que el Hombre no podrá entrar en el mundo, en una conciencia supramental, con el apoyo del mundo. El Hombre tendrá una conciencia supramental cuando se haya liberado completamente de la necesidad del apoyo del mundo, para finalmente comenzar lentamente a realizar y soportar lo que sabe. Y la condición para ello es no caer en la trampa de la polaridad de lo verdadero y lo falso.

Si el Hombre cae en la trampa de la polaridad de lo verdadero y lo falso, emotivizará su conciencia, insegurizará su yo y desarrollará actitudes extremas ante la realidad. ¡Lo verdadero y lo falso sólo son componentes psicológicos de una incapacidad mental de saber! Cuando comes un buen filete, no te preguntas si es verdadero o si es falso, no hay polaridad, por eso está bueno. ¡Pero si empiezas a preguntarte si hay alimañas dentro, pues ah, en ese momento tu estómago ya no responde! Y es lo mismo a nivel del conocimiento, a nivel del saber.

El conocimiento es a la mente inferior lo que el saber es a la mente superior. El conocimiento es parte de la necesidad del ego mientras que el saber es parte de la realidad del yo. Por lo tanto, no hay división ni separación entre el conocimiento y el saber. El conocimiento es parte de un nivel de conciencia y el saber es parte de otro.

En el campo del conocimiento hablamos de ciertas cosas y en el campo del saber hablamos de otras. Ambos pueden encontrarse, fraternizar juntos y estar muy bien juntos. El cuarto piso siempre está bien con el quinto piso por encima de él... El Hombre es un ser multidimensional, pero el Hombre es también un ser que posee y vive una conciencia experimental. En la Tierra tenemos una conciencia experimental. No tenemos una conciencia creativa.

¡Miren sus vidas! Sus vidas son experiencia. ¡Desde el momento en que vienen al mundo, vuestra vida es constantemente experiencia, pero el Hombre no puede vivir indefinidamente de experiencia. Un día el Hombre tendrá que vivir de la conciencia creativa, momento en el que la vida merece ser vivida, la vida se hace muy grande, muy amplia, es poderosa en creatividad, y el Hombre deja de vivir la experiencia del alma. ¿Pero por qué el Hombre vive la experiencia? Porque está apegado a fuerzas poderosas - que llamo memoria -, que de hecho son lo que llamáis "el alma".

El Hombre no vive de su espíritu, está ligado al alma, vive del alma, está constantemente vampirizado por el alma. Personas que han hecho investigaciones en "rebirthing" o personas que han hecho investigaciones en el retorno del ser en un determinado pasado han determinado muy bien que algunas personas hoy sufren de ciertas cosas, porque en una vida anterior sufrieron de la causa. Hay personas hoy que no son capaces de entrar en un ascensor porque están viviendo traumas anteriores a la vida material, o que han sido asfixiados en condiciones anteriores. No son capaces, se sofocan. Así que el Hombre vive la experiencia del alma.

Vive, está apegado a su memoria, tanto a la vastísima memoria inconsciente de su movimiento evolutivo anterior como a la vastísima memoria que vive hoy como ser experimental. ¡El Hombre no puede experimentar indefinidamente la Tierra! Es un insulto a su inteligencia universal. Es absolutamente irreconciliable con la naturaleza del Hombre que éste no pueda decir: "*Bueno, dentro de diez años quiero hacer tal cosa, dentro de cinco años quiero hacer tal otra*", ¡Es absolutamente irreconciliable con la naturaleza del Hombre que éste no conozca su futuro!

Es irreconciliable con la naturaleza del Hombre que no conozca la naturaleza del Hombre delante de él. En otras palabras, es irreconciliable con el espíritu del Hombre que este espíritu en el Hombre se vea obligado a vivir según los dictados de la razón, porque el Hombre actual, en el plano material, pertenece a una generación cuya conciencia es descendente. La conciencia del Hombre debe pasar del descenso a la materia a la eventual salida al etérico, es decir a aquella parte de la realidad del planeta que es, en última instancia, el mundo en el que el Hombre debe vivir naturalmente su inmortalidad.

El Hombre no está hecho para entrar en la materia y morir. Lo que llamamos muerte, es decir, lo que llamamos el regreso del Hombre o del alma al plano astral, forma parte de la inconsciencia del Hombre. ¡Es parte del hecho de que el Hombre está totalmente aislado de los circuitos universales que son la fuente de su engendración, que son la fuente de su inteligencia, que son la fuente de su vitalidad, que son la fuente de su ser planetario!

Así pues, el Hombre debe volver a la fuente, pero el Hombre no podrá volver a la fuente a través de las ilusiones espirituales e históricas de la involución.

El Hombre no podrá volver a su fuente utilizando las antiguas ideas que le obligaron a ser un prisionero de la materia. El Hombre no volverá a su fuente utilizando los antiguos medios que lo convirtieron en un ser de conciencia experimental. El Hombre no volverá a su fuente creyendo. El Hombre volverá a su fuente desarrollando gradualmente, en el curso de su evolución, la capacidad de soportar lo que sabe.

Pero en el mundo actual, estamos condenados a una mitología, a una sistematización psicológica de nuestro yo. Estamos condenados al dominio de una actitud mental psicológica que afecta a todas las humanidades: la creencia. ¿Por qué el Hombre necesita creer? Porque no sabe. ¿Por qué necesita creer? Porque es un ser de conciencia experimental, por lo que no tiene ninguna luz en la mente. Vive en el movimiento muy oscuro de su pequeña conciencia, por lo que se ve obligado a creer para apegarse a algo vital y absoluto.

¿Pero esta creencia en el absoluto que forma parte del condicionamiento psicológico del ego, esta creencia en el absoluto, quién la estableció? Fue establecida por el Hombre de la involución. Saben muy bien que si salen al mundo y cuentan una historia a alguien, que la historia que van a contar no será la misma cuando sea recibida y contada por el otro, que la que habían contado originalmente.

!Imaginen que alguien salga al mundo y trate de repetir lo que yo digo hoy, como iniciado, pueden imaginarse cómo saldrá mañana! Así que hay Hombres en el pasado que han hecho cosas, hubo iniciados que vinieron al mundo para ayudar a la evolución de la humanidad. Pero lo que estos seres han dicho y lo que se ha informado sobre lo que habrían dicho, es otra cosa.

Y puedo decirles una cosa en sustancia - porque conozco este fenómeno desde hace años - es absolutamente imposible que un Hombre repita perfectamente lo que está perfectamente dicho. !Intenten hacerlo cuando vuelvan a casa esta noche!. Le es imposible a un ser humano repetir perfectamente lo que está perfectamente dicho.

Y les diré por qué. Porque lo que está perfectamente dicho - es decir, lo que no está coloreado por el ego, lo que no está astralizado, lo que no forma parte de la inconsciencia del Hombre, sino que forma parte de la cosmicidad del Hombre - no está dirigido hacia el ego del Hombre o al ego del Hombre, o al intelecto del Hombre. Está dirigido a su espíritu.

¿Y si el Hombre no está en su espíritu, cómo quieren que reitere lo que otro espíritu ya ha dicho? Es imposible. Así que, en ese instante hay coloración. Y de la coloración de las palabras de los iniciados surgió lo que llamamos religiones para el beneficio evolutivo de la humanidad. Y estoy de acuerdo y me alegro mucho de que esto suceda y de que esto haya sucedido, porque era necesario. Pero llegará un momento, en el curso de la evolución, en que el Hombre ya no necesitará apoyo moral para dar a su conciencia la plenitud de su propio saber. Esto es la conciencia supramental.

Y como nos dirigimos a quebequenses, como nos dirigimos a un pueblo que, por muy buenas razones, ha tenido la oportunidad de experimentar una cierta cercanía al mundo espiritual que la religión le ha proporcionado, ya tenemos un avance, en el sentido de que ya somos seres que tenemos una cierta sensibilidad hacia lo invisible. Pero de ahí a entrar en la búsqueda profundamente oculta de la conciencia utilizando las vías espirituales de la involución, nos llevará directamente a la polaridad del yo. Nos llevará al conflicto de lo correcto y lo incorrecto, lo verdadero y lo falso, y creará un gran sufrimiento en la mente.

Por eso digo: El Hombre consciente, la evolución de la consciencia supramental en la Tierra comenzará en el momento en que el Hombre haya comprendido la necesidad de no someter su pensamiento a lo verdadero y a lo falso. Sino de aprender poco a poco a vivirlo y a sostener su movimiento hasta que este pensamiento llegue un día a ser perfecto, es decir por completo en su propia luz, totalmente despolarizado, para que finalmente el ego, el alma y el espíritu se unifiquen y hagan del Hombre un ser real.

¿Qué es un ser real? Un ser real es un ser real. No es un ser que necesita la verdad, no es un ser que traga la verdad. Si tragan la verdad, mañana tragarán la mentira, porque habrá personas que les llevarán aún más lejos de los confines de la infinitud de lo real. Si tragan de la verdad, un día se verán obligados a volver a hacerlo, porque lo único que le conviene al Hombre, que le conviene a su conciencia, que le conviene a su espíritu, que le conviene a su alma, que le conviene a su ego, que le conviene a su ser, es la paz.

¿Pero qué es la paz? La paz es la detención, la detención de la búsqueda. Diréis: "*Pero sí, es necesario buscar*", yo digo: Sí, el Hombre busca, a pesar de vosotros mismos buscáis, todos los Hombres buscan, pero llegará un punto en el curso de la evolución en que el Hombre ya no tendrá que buscar y el Hombre dejará de buscar cuando finalmente haya comprendido que sabe.

Y entonces diréis: "*¿Sí, pero, cómo podemos saber que sabemos?* Lo sabréis en la medida en que os permitáis soportarlo, en la medida en que no necesitéis llamar a alguien para saber si tenéis razón. Y entonces diréis: "*Buen sí, pero si tenemos razón o nos damos la razón, es peligroso*". Diré: "¡Sí, porque un Hombre que busca tener razón es un Hombre que ya está en busca de su razón!

¿Pero no hay experiencias en vuestra vida, en vuestro día a día, en vuestro rincón personal, acaso no hay momentos en vuestra vida en los que podéis sentir que lo que sabéis, eso es? ¡Y cuando eso es, eso es!

Así que agregáis y agregáis, y agregáis, y aquellos que tengan la capacidad de agregar su "eso es" a otro "eso es" y a otro "eso es", pero un "eso es" que sea real, un "eso es" que no estará construido sobre el orgullo de la mente, un "eso es" que no estará construido sobre la espiritualidad o el orgullo de su espiritualidad, un "eso es" que será personal a usted, un "eso es" que será universal con todos los Hombres que encontrareis y que estarán en su "eso es". ¡En ese momento sabréis que eso es! ("*Eso es*" equivale a certidumbre).

